

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EL NIÑO JESÚS
EN LA VIDA DE ALGUNOS SANTOS**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Beata Osanna de Mantua.
Santa Catalina de Siena.
Sor Domenica del Paradiso.
Santa Rosa de Lima.
Venerable Ana de San Agustín.
Santa Magdalena de Pazzi.
Santa Verónica Giuliani.
a) El Niño Jesús en su niñez.
b) El Niño Jesús en su edad adulta.
Beata Inés de Benigánim.
Santa Francisca de las cinco llagas.
Beata Ana de san Bartolomé.
Santa Mariana de Jesús.
Santa Teresa de Jesús.
San Juan de la Cruz.
Mística Marie Julie Jahenny.
Mística Luisa Picarreta.
Santa Faustina Kowalska.
Melania, vidente de La Salette.
Sor María Marta Chambón.
Mística Teresa Palminota.
Beata Eduviges Carboni.
Lucía de Fátima.
Padre Juan Bautista Reus.
Teresa Musco.
Rita Montella.
Aparición del Niño Jesús.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

La devoción de santa Teresa de Jesús al Niño Jesús es uno de los rasgos importantes de su vida, formalmente en cada fundación dejaba un Niño Jesús para devoción de sus hijas. Hay una tradición oral entre las carmelitas descalzas que dice que un día bajaba la santa por las escaleras del monasterio de la Encarnación de Ávila y encontró un niño muy hermoso dentro de la clausura. Ante su asombro, le preguntó: *¿Tú quién eres?* El niño le respondió con otra pregunta: *¿Y quién eres tú?* Teresa le dijo: *Yo soy Teresa de Jesús*, y el niño le respondió: *Pues yo soy Jesús de Teresa*.

Esta devoción al Niño Jesús la han tenido también muchos otros santos. Por eso, hemos decidido presentar algunas experiencias de algunos santos con el Niño Jesús, que nos pueden estimular a amar a Jesús bajo la figura de Niño, tal como se presentó ante la humanidad entera el día de Navidad. Todo un Dios todopoderoso, que para manifestarnos su amor, quiso presentarse como un niño pequeño, que tenía hambre, que tenía frío, que lloraba como todos los niños y que también sonreía ante el amor de los que lo amaban.

Y esto mismo lo sigue haciendo en cada misa. Ahí se hace presente ante nosotros, de modo invisible pero real, como un pequeño Niño escondido en la hostia consagrada para no meter miedo con su Majestad divina, sino para presentarse ante nosotros como la noche de Navidad, como niño indefenso y necesitado, y que se deja traer y llevar por los sacerdotes y ministros de la Eucaristía para enseñarnos a nosotros humildad.

Veamos algunas de estas experiencias en la vida de los santos para que cada vez que asistamos a misa recordemos que ahí en la hostia santa está el mismo Jesús de Belén, el mismo que hoy se acerca a nosotros como niño para gozar de nuestro cariño, como lo tuvo con los pastores y con los magos y con las personas que lo querían. De esta manera repararemos tanta indiferencia y hasta odio que le tienen tantos Herodes modernos, que lo siguen persiguiendo y matando en los niños no nacidos o en sus corazones por sus pecados.

Seamos amigos de Jesús y amémoslo con todo nuestro corazón y Dios nos bendecirá mucho más de lo que podemos pensar o imaginar.

BEATA DE OSANNA DE MANTUA (1449-1505)

Una vez, después de comulgar, mi alma, en un instante, fue llevada a Jerusalén y presentada en el templo de Salomón. ¡Qué templo tan grande, mucho más que el de Milán! Mi alma vio a la Virgen María con el Niño Jesús en brazos y lo presentaba al santo Simeón. La Virgen estaba rodeada de millones de ángeles. Entonces mi alma, postrada en tierra, gritaba pidiendo misericordia para toda Italia y la salvación de las almas. María comenzó a acariciar mi alma y me tendía al Niño para que yo lo tomara. Ella insistía: “Oh hija queridísima, toma al pequeño Jesús, tu Señor, no temas”. Entonces mi alma, con gran humildad, creía que no era digna de recibir al Niño en sus manos. La Virgen me seguía insistiendo que lo tomase y que pidiera lo que quisiese para ser consolada.

Por fin, dejé a un lado el temor y con reverencia tomé al Niño en mis brazos y lo tenía junto a mi pecho con tanto gozo que ninguna lengua humana podría expresarlo... y después de devolverle el Niño a María, le pedí al Niño que me diera la bendición a mí y a muchos otros queridísimos míos. Y el Niño, extendiendo sus manos, dio la bendición a todos ¹.

Otra vez, estando en oración, en mi mente se representó el Niño Jesús y de pronto se me apareció. Sobre las espaldas tenía una gran cruz de madera. Estaba todo sanguinolento, clavado en la cruz y todo llagado. Sus delicados pies y pequeñas manos estaban con los agujeros de los clavos. Tenía el corazón abierto y llevaba una corona de espinas en la cabeza. Entonces comprendí el gran y fiel amor del Niño Jesús a mi alma... Él me dijo: “Oh alma querida, este es el santo amor que te tengo a ti y a todos los seres humanos. Este es el precio que he pagado por todos y la medicina que he bebido para sanarlos ².

Una tarde, se me apareció Jesús pequeñito, reluciente más que el sol, gracioso, blanco como la nieve. Sus ojos eran hermosos y sonreía... Sobre sus cabellos tenía una guirnalda de espinas. Yo, mirando al pequeñito Jesús, vi que tenía en la espalda una gruesa cruz mucho mayor que él y me dijo: “Oh hija mía amada, Yo soy el hijo de María Virgen y tu creador. Los niños me aman y los quiero en mi compañía, porque no tienen defectos y me agrada estar con ellos. A las vírgenes puras las quiero por esposas inmaculadas, conservándolas siempre en santa pureza y, cuando me llaman, les respondo de inmediato ³.

¹ Hieronymo Monteolivetano, *libretto della vita et transito della beata Osanna da Mantua*, 1524, pp. 99-100.

² *Ib.* pp. 15-16.

³ *Ib.* p. 7.

Otro caso referido por la misma Osanna: *Estaba yo en oración y una niña vio junto a mí a un Niño de gran belleza. Esa niña le dijo a un padre confesor que había visto al Niño estar junto a mí. Yo, padre Jerónimo Monteolivetano, le pregunté en qué estaba pensando en ese momento y ella me dijo: “Pensaba en el Niño Jesús al que veía mi alma y sentía por ello una gran alegría”* ⁴.

SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)

El año 1370, en la noche de Navidad, se reunió Catalina con sus hermanas de la penitencia en la “Capella delle volte”. Ella se quedó absorta ante el pesebre y le suplicó a la santísima Virgen que le confiase un instante al Niño Jesús. María se lo entregó y Catalina lo meció en sus brazos y besó su cabecita. Durante la misa, vio convertirse la hostia en un niño tan gracioso que ninguna palabra podría describirlo ⁵.

*Otro día en el momento de la consagración de la misa, vio dos ángeles llevando el cuerpo de Cristo en una fina tela de lino y colocarlo sobre el altar. Ella dijo: “Señor, no era necesario esta visión, sin ella también hubiese creído”. Y Jesús respondió: “No es por ti, sino pensando en los que tú afirmarás en la fe”*⁶.

SOR DOMENICA DEL PARADISO (1473-1553)

Una mañana estaba tan ansiosa por recibir a Jesús en la comunión que, cuando el sacerdote fue a darle la comunión, vio tal resplandor alrededor de la hostia que no veía al sacerdote y, al comulgar, se sintió inflamada de amor y sintió un suavísimo olor, que según ella era el olor de su esposo. Cayó en éxtasis en el que entendió que debía entregarse totalmente a sí misma, a su esposo Jesús y, cuando volvió en sí para seguir oyendo la misa, vio después de la consagración de la hostia a Jesús en forma de Niño, más resplandeciente que nunca antes. Jesús la miraba y le sonreía, paseando por encima del altar. Ella se sintió tan alegre que no cabía en sí y no podía estar quieta y, si no hubiese sido retenida por su ángel, hubiera corrido fuera de sí a abrazar a Jesús al altar ⁷.

Otro día por la mañana estaba oyendo la misa en la iglesia del monasterio de Santa Brígida, vecino a su casa, y cuando el sacerdote tenía en sus manos la hostia santa, sintió un olor tan agradable que no lo hay en este mundo. Quedó

⁴ Ib. p. 58.

⁵ Jörgensen Juan, *Santa Catalina de Siena*, Ed. Difusión, Tucumán, 1859, p. 133.

⁶ Jörgensen, p. 135.

⁷ Benedetto María Borghigiani, *Suor Domenica dal Paradiso*, Firenze, 1719, p. 97.

sorprendida y miraba a todas partes para ver de dónde salía aquella fragancia y finalmente se dio cuenta que procedía de la hostia consagrada del altar y observó que Jesús estaba presente en forma de Niño pequeño en el altar, de modo que el olor cesó al terminar la misa ⁸. Otro día vio a la Virgen María en figura de una niña pequeña. Al principio pensó que era un simple ángel todo luminoso, pero la Virgen le dijo: *Soy más que un ángel y más que todos los ángeles* y, entonces, entendió que era la misma Virgen María y que los ángeles, volando en hileras, venían a llevarla al cielo ⁹. También sucedió en alguna ocasión que Jesús se hizo presente a Domenica en forma de un bello corderito ¹⁰. A veces también se le presentaba santa María Magdalena, santa Catalina de Siena y san Antonino arzobispo.

El día de Pascua de Resurrección bajaron muchos ángeles a su celda, teniendo en la mano lámparas encendidas y su ángel custodio tomó del altar donde el sacerdote celebraba la misa, un pedacito de la hostia del sacerdote y le dio la comunión. El sacerdote, al darse cuenta de que faltaba un pedacito a su hostia, la buscaba sobre el altar y no la encontraba. Estaba inquieto hasta que Domenica después de la misa le dijo que había recibido una comunión milagrosa de manos de su ángel ¹¹.

SANTA ROSA DE LIMA (1586-1617)

Rosa amaba mucho al Niño Jesús, que frecuentemente se le aparecía y le alegraba con su presencia. La señora María de Uzátegui manifiesta que Rosa tenía un gran amor a un Niño Jesús que esta testigo tenía en su oratorio y, algunas veces, entrando el contador Gonzalo de la Maza, su marido, al oratorio a decir requiebros al dicho Niño Jesús, le decía esta testigo a la dicha bendita Rosa: *“Mira, hija, qué enamorado está el contador de su lindo niño”*. Y decía ella: *“Muy bien puede, porque el niño se alegra en viéndolo entrar y parece que se quiere saltar de la peana donde está y venírsele a los brazos”*. Y así tiene para sí que la dicha bendita recibía particulares favores y mercedes de aquel bendito niño según el afecto con que le miraba. Y decía a todos los que entraban en el oratorio que lo amasen mucho¹².

El padre Luis de Bilbao informa en el Proceso que, cuando Rosa fue a visitarlo, estando él gravemente enfermo, le dijo que no moriría y que predicaría en la fiesta de Virgen del Rosario, como así sucedió. Y dice: *Cuando le dijo a*

⁸ Ibídem.

⁹ Ib. p. 145.

¹⁰ Ib. 170.

¹¹ Ib. p. 253.

¹² Proceso de canonización, p. 113.

este testigo que no moriría, le dijo también: “Yo enviaré a vuestra paternidad acá mi médico. Póngale vuestra paternidad allí, en frente de la cama, y mire mucho por Él”. Y le envió luego que llegó a su casa un Niño Jesús muy lindo, enviándole a decir que aquel era el médico que le había prometido y el que le había de dar salud. Y todos los días, por las mañanas, le enviaba a preguntar que cómo estaba y qué decía su médico. Y, cuando le pareció que ya estaba fuera de todo riesgo, le envió a decir que le enviase allá a su médico, que se hallaba muy sola ¹³.

Este niño Jesús presidía la sala de su casa donde atendía a los enfermos que llevaba a curar y obtenía curaciones milagrosas, cuando no había remedio humano. Actualmente la imagen del Niño Jesús, llamado el *doctorcito*, está en el santuario de Lima.

VENERABLE SOR ANA DE SAN AGUSTÍN (1555-16244)

Veamos lo que nos dice en su Autobiografía: *Un día, estando cogiendo unas flores de alelías, un niño muy bello me dijo que le diese una flor. Yo le respondí que tuviese la que quisiese. Me dijo que no, sino que le diese una. Y así se la di. Tomóla el niño, mostrándome el rostro muy alegre y agradable y sonriéndome. Le dije que sería Dios y me respondió que sí. Me dio tan excesivo contento interiormente que no lo podré explicar. Volví a coger otra flor para dársela y, cuando volví, ya se había desaparecido y con la ignorancia de niña andaba buscando adónde se me había ido. De esto me empecé a aficionar mucho en aquel Niño-Dios y desearía mucho la soledad para buscarle y siempre mi corazón estaba fijo en él. Eran mis niñerías andar haciendo altarcicos y rezar en ellos y en esto me entretenía sin darme gana en aquella edad de otros entretenimientos Y cuando subía escaleras, en cada escalón me hincaba de rodillas y entre mí decía que lo hacía por amor de aquel Niño-Dios* ¹⁴.

En otra ocasión, llegando a recibir al Señor en la comunión, vi en la hostia que me iban a dar un corazón y sentado en él un niño que me mostraba mucho agrado con una gran hermosura y resplandor. Comulgué y por mucho tiempo sentí en el corazón una gran gloria y en la boca tanto olor y tanta suavidad que me traía como fuera de mí y no solo era sustento del alma, sino también del cuerpo, ya que algunas veces no comía nada ni sentía necesidad o muy poca.

Un día que hacíamos en nuestra Casa la fiesta del Santísimo Sacramento teníamos exposición y durante el día no pude estar en el coro. En la noche

¹³ Proceso, p. 376.

¹⁴ A (Autobiografía), 1-3.

después de Maitines me quedé en oración y vi que se habían dejado la custodia en una celda y como no había podido estar con mi Señor iba a estar con la custodia en que había estado. Y vi que estaba allí el Santísimo con grandísimo resplandor y arrodillándome lo adoré y estuve mucho tiempo arrebatada. Cuando volví en mí, me pareció que era muy tarde y pensé que podía venir alguna monja y verme con aquel tesoro. No sabía si recibirlo y, estando en esto, desapareció ¹⁵.

Cuando Ana estaba triste, solía ir a orar ante el sagrario y lloraba. Muchas veces se le aparecía el Niño Jesús, la consolaba y le secaba las lágrimas y también venía san Agustín y santa Ana, santa Teresa y san Eustaquio a consolarla. Cuando se le murió un hermano y un sobrino, san Eustaquio le avisó de que su hermano se había salvado y lo mismo su sobrino.

Una noche de Navidad, durante todo el tiempo de Maitines estuvo el Niño Jesús encima de su breviario. Ella escribió: *Una noche de Navidad tuve encima del breviario mientras Maitines al Niño Jesús viéndolo con los ojos del alma y del cuerpo con tan gran hermosura y resplandor que me traía fuera de mí y veía salir de este divino sol muchos rayos que se esparcían por el coro y lo llenaban como de gloria, dándole a mi alma muchos afectos.*

Otra noche, en esta misma fiesta en Maitines se quedó arrobada todo el tiempo que cantaron las Laudes. Estuvo tan enajenada de los sentidos que acabaron los Maitines y salió la Comunidad del coro y ella se quedó de pie, elevados los ojos al cielo ¹⁶.

En la Pascua de Navidad, la Virgen se le apareció con el Niño Jesús recién nacido y se lo entregó en sus brazos, diciéndole: *Toma a mi Hijo y tu Dios y regálale con él.*

Un día estaba la Madre Ana afligida, porque la Madre Antonia de Jesús estaba enferma de peligro. Se puso en oración con lágrimas y el Señor se compadeció y se le apareció el Niño Jesús, se le acercó y le secó las lágrimas y le dijo: *No tengas cuidado de tu hija que pronto estará buena.* Y la enferma se sanó.

Una vez la Priora, acomodando aquella mala casita de Villanueva, hizo algo que le costó seis ducados y los trabajadores se cansaban de pedir que les pagase, pero no había con qué. Estaba ella afligida y yo le dije que el Señor lo había de remediar. Me fui al Niño Jesús, mi portero, y le dije que mirase por tanta necesidad y vi que el Niño Jesús se bajó de la caja y me dijo: *Sígueme.* Lo

¹⁵ A 19.

¹⁶ Alonso de san Jerónimo, *Vida de san Agustín*, Madrid, 1668, p. 112.

seguí, pues él iba andando delante de mí. Me llevó a un huertecillo que había y con su santísimo dedo me señaló un agujero de donde saqué una cantidad de dinero que hubo para pagar a los trabajadores y quedó dinero para gastos por algún tiempo en lo necesario para la casa.

Otras veces, estando sin un maravedí ni quien nos lo pudiera dar, me iba a este santo Niño y le decía que sus esposas no tenían qué comer y luego a los pies del niño encontraba dineros para todo lo que había menester. Esto me pasó tantas veces que no podré decir cuántas. Otras veces le ponía a sus pies algún real de a cuatro y, si no tenía real, le ponía un cuarto y le decía que se lo daba pero que, cuando volviese, me tuviese sobre lo que le daba mucho más, que para el sustento había necesidad y así los hallaba ¹⁷.

Siendo sacristana queríamos comulgar y no encontrábamos la llave de la ventanita por donde nos daban la comunión. Fui al Niño y le dije mi congoja, porque, si no se hallaba la llave, no le podíamos recibir. Me inspiró abrir un arca y la buscase. Lo hice y no la encontré, y me dijo: *Metete la mano en esa olla. Metí la mano en una olla que había con leche en el arca y saqué la llave. Me dio a entender que el demonio la había echado allí* ¹⁸.

Una vez estando en la portería diciéndole al Niño muchas cosas (de cariño), después de haber rezado las Horas menores, el Niño me arrojó en el breviario unas flores, no siendo tiempo de ellas. Me pareció como las que yo le di siendo niña. Yo las tomé y me las comí y me confortaron tanto que creo que aquel día no comí ninguna otra cosa y estaba como fuera de mí.

Las noches las pasaba en el coro. Una noche se apagó la lámpara (del sagrario) y me daba pena que estuviese el Santísimo sin la lámpara encendida. Se lo dije al Niño, porque yo no tenía adónde ir a encenderle la luz y él hizo que se encendiese sola la lámpara. Otra vez, en lugar de flores, me echó guindas sin ser el tiempo de ellas y me las comí, procurándome los mismo efectos que las flores y se veía que no eran materiales como las que producen en la tierra las plantas. No solo por el gusto del paladar sino también por los fervorosos deseos y propósitos del alma ¹⁹.

En aquel tiempo salíamos cada noche las monjas a cerrar la puerta de la calle fuera de la clausura. Una noche me olvidé de cerrar las dos puertas de la clausura de adentro y la de afuera y dejé las llaves en las mismas puertas. Después de acostada sentí que me despertaban y levantándome vi una gran

¹⁷ A 13-14.

¹⁸ A 14v.

¹⁹ A 15v.

claridad y en ella a mi Niño Jesús que como soberano portero había cerrado la puerta de la clausura y traía las llaves en su bendita mano y dándomelas me dijo: Mira que habías dejado abierta mi casa. Le supliqué que me perdonase y me perdonó.

Este niño portero, la Priora se lo dio a una mujer bienhechora. Yo no dije a la Priora las mercedes que él me hacía ni las cosas que con él pasaban. Todas las monjas le tenían devoción al Niño que llamaban nuestro fundador y portero ²⁰.

Cuando llegaron a Villanueva, se fueron a la iglesia mayor donde se pusieron en oración. Fueron a verlas la mayor parte de la gente. Dispusieron una procesión para llevarlas de la iglesia a su casa con el Santísimo Sacramento. En la procesión vio sor Ana al Niño Jesús entre las andas del Santísimo y la Madre Teresa, andando y hablando, mostrando el Niño gran hermosura y alegría en su divino rostro y levantando la mano iba echando la bendición a las religiosas y al pueblo. Ana le dijo esto a santa Teresa y la santa le dijo que no dijera nada a nadie.

Un día, yendo Ana a comulgar, el sacerdote leí dio la hostia y vio en ella al Niño Jesús como cuando nació de María y, después de comulgar, sintió la boca llena de sangre de Cristo.

Otro día se escondió para orar y fueron a buscarla a la celda; pero no estaba en la celda ni en el coro. Estaba en éxtasis con el Niño Jesús en sus brazos y tenía su boca en su divino costado y después desapareció el Niño y ella volvió en sí, encontrando a la novicia y a otras religiosas mirándola. Ella quedó avergonzada de que la hubieran visto, temiendo que eso lo publicaran.

Un Jueves Santo, estando para comulgar, le vinieron escrúpulos a Madre Ana y se volvió a su lugar, mandando que las demás comulgaran. Pero Cristo le habló y le dijo: *¿En día como este me dejas?* Y se fue a comulgar ²¹.

Una vez, estando yo unos días sin gozar con el Niño Jesús y sin hacerle caricias, estando en el coro, vi una nube con gran resplandor y en ella al Niño Jesús que me hablaba con quejas amorosas ²². Cuando hacen misa y voy a recibirle en comunión me hace verlo en aquel círculo de la forma pequeñita que me van a dar ²³.

²⁰ A 16.

²¹ Alonso 161v.

²² A 26v.

²³ A 27v.

Un día me dijo la santa Madre Teresa de Jesús que, cuando la casa de Villanueva tuviese alguna necesidad, acudiese al Niño Jesús que le había dado el padre Prior y frailes del convento del Socorro, que él se la remediaría. Y habiéndose ido la Madre del convento de Villanueva de la Jara a fundar otros, dejó nombrada por portera de él a esta testigo, del cual oficio usó ocho o nueve años poco más o menos. Y luego que le comenzó a usar puso al Niño Jesús en la portería del convento, y de allí adelante le llamaron el fundador, que era el mismo que le habían dado en el monasterio del Socorro, y a quien la santa Madre le dijo a esta testigo acudiese cuando tuviere alguna necesidad para que se la remediasse. Y así cuando se ofreció en el convento, acordándose esta testigo de las palabras y consejo que la santa Madre le había dado, acudía al Niño Jesús a pedir la remediasse, y nunca jamás acudió a pedirle que dejase de darle todo lo que era menester, hallándolo unas veces a los pies del mismo Niño en una caja donde le tenían puesto, y otras en otras partes donde interiormente era movida para que lo fuese a buscar, en las cuales era imposible que persona humana lo hubiese puesto; y así esta testigo lo tuvo y tiene por un gran milagro.

Y que en particular se acuerda, que una vez, estando con mucha falta de dineros y teniendo necesidad de mudar el torno de un lugar a otro, y hacer otras obras, y para el sustento de la comunidad, acudió a pedir al Niño Jesús la remediasse. Y habiéndose apartado de él y vuelto, halló en una cestica que esta testigo le tenía puesto en el brazo, cantidad de dineros en plata y oro, de más de trescientos reales, o hasta treinta ducados, que en particular cuál de estas dos sumas ciertas fuese no se acuerda al presente; de los cuales fue gastando y supliendo las necesidades dichas que el convento tenía como provisora que también era en él, y a cuyo cargo era el gastar lo necesario.

Y asimismo se acuerda que otra vez teniendo mucha necesidad de dineros para el sustento de las religiosas del convento, porque en él no había blanca, acudió al Niño Jesús como de ordinario lo solía hacer, y le pidió remedio, y al punto fue movida de ir a buscar a un corral del convento, y escarbando en un agujero de una tapia de él, halló sesenta reales en plata, los cuales se echó en la faldriquera, y fue gastando de ellos todo lo que fue necesario para cuanto se ofrecía de gasto ordinario y extraordinario del convento, sin que en mucho tiempo se le acabasen; y esta testigo tuvo por muy gran milagro el hallar los dichos sesenta reales en la parte y de la manera que los halló, y por mucho mejor que le durasen tanto tiempo como le duraron. Y que asimismo algunas veces esta testigo llegaba al Niño, y con la confianza y certeza que tenía de que siempre que le pedía dineros, se los daba, a sus pies le ponía unas veces cuatro reales y otras veces ocho, del mismo dinero que el Niño le había dado; otras veces le decía: “Tomad, Señor, eso, y pues véis la necesidad que tengo, guardádmelo y dadme más, cuando venga por ello”; y que siempre que volvía hallaba enteramente lo que había menester, como arriba tiene dicho, lo cual

sucedió a esta testigo en todos los ocho o nueve años, que fue portera, así viviendo la santa Madre Teresa de Jesús como después de muerta, hasta que cumplió con el dicho oficio...

En las partes y lugares donde esta testigo halló el dinero siempre que lo pedía al Niño Jesús, era imposible que persona humana lo hubiese puesto, así porque los halló siempre dentro de la clausura del monasterio, donde ni entraba ni podía entrar nadie, como porque las más veces lo hallaba en pidiéndolo, en partes que poco antes había visto y no había nada en ellas; y algunas se le aparecía allí al mismo punto que lo pedía, y también porque jamás daba cuenta a nadie de las necesidades que tenía, sino solamente al Niño, de quien la santa Madre le había asegurado se las remediaría ²⁴.

Por su parte sor María de los Mártires añade: Cuando sucedió lo del catarro general, y que... por no hallar una blanca de limosna en todo el lugar ni poder despedir labor que las religiosas hacían, que era hilo, por ser lo que allí más se despedía; estaban en extrema necesidad y con muchas enfermas, y no sabiendo que le quedase otro medio por hacer, sino pedir limosna a cierta persona eclesiástica rica de aquella tierra, le escribió significándole la suma necesidad, y jamás le respondió; por donde vinieron a quedar destituidas del remedio humano. Pero Nuestro Señor que tenía cuidado de las hijas de su sierva, proveyó en esta tan grande necesidad de tantas peras en un árbol solo, ni muy grande, que en la casa había, que cogían de ellas; y cocidas y asadas podían comer y comían todas.

Y fueron madurando luego tantas, que esta testigo hacía coger cada día las necesarias para la comunidad y cargas para vender en la plaza del dicho lugar, y con el dinero que se hacía de ellas, compraban lo necesario y lo que convenía para curar las enfermas, que por ser el año del catarro, como tiene referido, hubo muchas, y algunos religiosos que las venían a confesar, y para todos había, porque le duró el hacer esto más de dos meses, y cada día parecía que no se tocaba el peral, con que también daban muchísimas para enfermos del lugar que venían a pedir. Y lo mismo sucedió de unos siete manzanitos enanos que también había en la casa, porque por espacio de más de tres meses les duró el vender cada día una arroba, poco más o menos, y las que dejaban para las religiosas y para dar a los enfermos del lugar; y en un camuesico (especie de manzano) que jamás había llevado fruto, produjo tantas camuesas, que admiraba; con las cuales proveyeron todas las que fueron menester para regalar a las enfermas de la casa y a los que pedían de fuera todo el tiempo que duró el catarro.

²⁴ Proceso de canonización de Santa Teresa de Jesús, tomo III, pp. 447-450.

Al año siguiente, estando con la misma necesidad que tiene referida, y tan falta de ollas la casa y el lugar, que no sabían adónde acudir a comprarlas, aunque tuviera con qué, y sólo tenían una olla hecha cuatro pedazos. Viendo la cocinera que esta testigo no le daba remedio, fregó los cascós y juntólos, y puso lo que había de guisar para la comida y lo guisó como si estuviera sana, y después de comer, hecha los mismos cuatro pedazos, la vio esta testigo fregar, y continuó en hacer esto lo mismo cada día hasta que le proveyó Nuestro Señor de ollas, que sería como un mes... Y como se acercase el tiempo de dar la profesión a aquellas novicias que se habían recibido, y esta testigo se hallase afligidísima sin saber cómo remediar tanta necesidad, y serlo también la que las novicias tenían, porque eran pobrísimas, escribió a la Madre Teresa de Jesús significándole el estado de las cosas de aquella casa, y pidiéndole ordenase lo que se había de hacer, porque no hallaba modo cómo remediar aquella necesidad ni para dar la profesión a las novicias. La Madre Teresa dice, le respondió mandándole que diese luego la profesión a las novicias y que no dudase sino que tuviesen mucha confianza en Nuestro Señor, en cuyo nombre y por quien les aseguraba y daba palabra que, si eran las que debían, que jamás les faltaría. Leyó la carta en comunidad y quedaron todas tan contentas como si no les faltara cosa, y aderezaron luego para la profesión y la hicieron; y desde aquel día en adelante Nuestro Señor las proveyó de manera que jamás les faltó, antes tuvo esta testigo con qué labrar dos cuartos muy buenos de casa y fueron entrando monjas²⁵.

Y anota: Ana de San Agustín nos habla del Niño llamado *El fundador* de Villanueva de la Jara: *Habiendo llegado a esta villa de la Jara a hacer la fundación, se fueron a apeaar a la iglesia de esta villa, desde donde las trajeron en procesión a esta casa, donde al presente tienen convento; y que viniendo en procesión vio una de las monjas cómo en medio del Santísimo Sacramento y de la Madre Teresa de Jesús, que venía detrás, iba un niño hablando a la Madre Teresa de Jesús, y que, le pareció a la dicha monja que se parecía a un Niño Jesús que el prior del convento donde habían posado les había dado. Y que preguntándole esta testigo a la Madre Teresa de Jesús lo que la monja le dijo había visto, respondía: “Hija, yo os mando en virtud de santa obediencia no lo digáis a nadie, ni esta testigo lo ha dicho hasta este punto, que compelida con el juramento lo dice”. Y cuando la casa tuviere alguna necesidad acudiese al Niño Jesús que nos dieron los frailes del Socorro, que él nos la remediará y proveerá; y así después de fundada la casa y habiéndose ido la Madre Teresa de Jesús, quedándonos en este convento esta testigo y otras monjas, esta testigo quedó por portera nombrada por la Madre Teresa y usó el oficio en nueve años, poco más*

²⁵ Proceso de canonización de Santa Teresa de Jesús, tomo II, pp. 131-132.

*o menos, y que al Niño Jesús que le dieron en el monasterio del Socorro esta testigo lo puso en la portería, y de allí en adelante le llamaron “El Fundador”*²⁶.

Nuestros padres carmelitas se llevaron nuestro niño para una fiesta y lo tuvieron 8 días y yo le hice una copla:

*Niño, no estéis descuidado
del corazón que heristeis.
pues amándole le rompisteis,
amando ha de ser curado*

Le envié la copla con mi confesor y se la llevó y se la puso al niño en la mano y en la noche se me apareció con mucho resplandor y hermosura, dándome a entender que venía a visitarme y a sanarme el corazón, como yo le había enviado a decir en la copla, la cual traía en su bendita mano. Me hizo muchas caricias. Después se volvió a ir y al otro día envié por el amable niño ²⁷.

Una noche derramé muchas lágrimas y su Majestad me mostró un vaso como de cristal lleno de un agua que tenía muchas motas y en medio echó una gota de su preciosa sangre, dándome a entender el tesoro que nuestra Madre la Iglesia tiene en la preciosísima sangre de nuestro Redentor, la cual da valor a nuestras obras y las purifica, siendo ellas tan imperfectas y de ningún valor.

Una vez estuve un tiempo sin ver a Jesús y estaba muy triste. Me fui a la huerta y andaba buscando a mi amado y vi en un árbol al Niño Jesús. Fui corriendo a él y se pasó a otro árbol y así de árbol en árbol me trajo harto rato afligida y fatigada hasta que se dejó coger y yo lo abracé y estuve un rato gozando de los grandes favores que él comunica a las almas ²⁸.

Nos trajeron de Toledo un Niño Jesús muy hermoso y muy lindo y me dio un gran contento y lo amaba mucho y, como el que me quitaron, continuaba a darme dineros y estando con el deseo de hacer una custodia para el Santísimo, porque ni en nuestra casa ni en la de nuestros padres la teníamos de plata, en una cestita que yo le había puesto en el brazo al Niño Jesús para echarle algunas flores y otras cosas, hallé un día que tenía una cantidad de doblones de oro, dándome a entender que era para la custodia que yo deseaba. La mandé hacer, diciendo que era de una limosna, pues lo era de aquel gran rey y se quedó en casa de nuestros padres y. cuando nosotras la necesitábamos, nos la traían ²⁹.

²⁶ Proceso de canonización de Santa Teresa de Jesús, tomo I, p. 511.

²⁷ A 21v.

²⁸ A 21-22.

²⁹ A 20-21.

SANTA MAGDALENA DE PAZZI (1556-1607)

Uno de sus grandes deseos era siempre poder abrazar al Niño Jesús y eso se lo concedió Jesús en algunas oportunidades.

Sor Ángela Catalina afirma: *La Víspera de Año Nuevo de 1597 estaba sor Magdalena en el noviciado delante del pesebre en éxtasis con la imagen del Niño Jesús en brazos. La imagen del Niño era de tierra o yeso. Ella le decía palabras de amor y yo vi que el Niño sudaba gotas gruesas y ella las limpiaba con su hábito y en la parte que las secaba se notaba que estaba su hábito húmedo. Le pregunté por qué sudaba y me respondió: por nuestros defectos. Esto lo tengo como un milagro, ya que una imagen del Niño de tierra o yeso no puede sudar*³⁰.

Sor María Arcángela recuerda: *Una mañana mientras María Magdalena oía misa en nuestro coro, vi a su alrededor una luz y un resplandor grandísimo y dentro de ese resplandor vi un hermosísimo niño, por lo que me imagino que era Jesús, quien le hacía muchas caricias a Magdalena. Así pude conocer a la religiosa santa, tal como me habían indicado hacía pocos días al entrar al convento sin decirme quién era en realidad. Ella era muy humilde y, a escondidas, cogía los trapos sucios de las otras y los lavaba y hacía otras tareas sencillas y humildes del monasterio*³¹. *Otro día vi al Niño Jesús con ella, cuando hacía el pan*³².

*Un día había servido sor Magdalena a las hermanas en el comedor. Les había besado a todas los pies y, en premio de ello, Jesús la besó a ella*³³.

SANTA VERÓNICA GIULIANI (1660-1727)

a) EL NIÑO JESÚS EN SU NIÑEZ

El Niño Jesús y Verónica eran dos amigos inseparables. Ella vivía y soñaba continuamente con el Niño Jesús y con frecuencia iba a verlo al cuadro de María con el Niño que había en su casa. Y Jesús se bajaba del cuadro y ella lo acariciaba y lo tomaba en sus brazos. *Un día ella tomó una rosa fresca y el Niño, al recibirla, desapareció. Ella se quedó llorando y doliéndose, porque la había abandonado después de coger la flor*³⁴.

³⁰ Sumario del Proceso de canonización, p. 239.

³¹ Sum pp. 62-63.

³² Ib. p. 88.

³³ Puccini Vicente, *Vita della Madre Magdalena de Pazzi*, Fiorentina, 1609, p. 84.

³⁴ Sumario del Proceso de canonización, p. 14.

Cuando el Niño Jesús no se bajaba del cuadro para jugar con ella y dejarse acariciar, ella se quejaba a la Virgen María del cuadro y *toda animosa se subía a una silla para alcanzar el cuadro. A veces se caía y se hacía daño en la cabeza, pero no era nada grave, porque la Virgen y el Niño la cuidaban* ³⁵.

Ella lo veía como una persona viva y se sentía a su lado la persona más feliz del mundo. Esta fue a lo largo de su vida una de sus mayores alegrías. Y ella, se hacía niña con el Niño. Jesús era su mejor amigo.

Nos cuenta lo siguiente: *A los tres o cuatro años, estando una mañana en el huerto gustosamente entretenida en coger flores, me pareció ver visiblemente al Niño Jesús acompañándome en coger dichas flores. Al punto dejé de cogerlas y me fui hacia el divino Niño con deseo de asirlo, y me pareció que me decía: “Yo soy la verdadera flor”.*

Y desapareció, dejándome cierta luz que me movía a no tomar gusto en las cosas momentáneas: me hallaba con la atención fija en el divino Niño. Se me había grabado tanto en la mente, que estaba como loca y no me daba cuenta de lo que hacía. Corría de un sitio para otro por ver si lo podía encontrar. Y recuerdo que mi madre y mis hermanas trataban de detenerme para que no siguiese corriendo, y me decían: “¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?”.

Yo me reía y no decía nada; y sentía que no podía estar quieta. A cada paso volvía al huerto para ver si aparecía. Todo mi pensamiento se hallaba fijo en el Niño Jesús.

Siempre que veía las imágenes de la Virgen y del Niño Jesús no podía saciarme de besarlas. Recuerdo que muchas veces, en la misma edad de tres o cuatro años, me iba delante de alguna imagen de la Virgen con Jesús en los brazos y le decía:

—Dadme a vuestro hijito —y me quedaba con las manos en alto, esperando a que me pusiera en mis brazos al Niño Jesús. Y cuando los de casa me daban la merienda, antes de comerla me iba ante la imagen y decía: “Jesús mío, venid, que no quiero comer sin Vos”.

Me estaba allí un buen rato, llamándolo y repitiendo: “Virgen santísima, ¡dádmelo!”. Se lo suplicaba de corazón, y me parecía a veces que a esas figuras, pintadas como estaban, yo las veía visiblemente como personas vivas, lo mismo

³⁵ *Ibidem.*

la Madre que el Hijo, y tan bellas, que yo me consumía de deseo de poder abrazarlas y besarlas; pero no entendía nada ³⁶.

Cuando llegaba el tiempo de Navidad, no cabía en mí de alegría. Más de una vez, mientras miraba al Niño reclinado en el pesebre, me parece haberlo visto lleno de resplandores ³⁷.

A veces, iba al aposento en que estaba la santísima Virgen con Jesús en brazos, esto es, donde había una imagen, y así le hablaba al Niño: “Jesús mío, venid conmigo, que haremos juntos las devociones: no quiero que vengan otros, sino solo Vos. ¡Oh Virgen, dadme este vuestro Hijito para que me acompañe!”. *Y me parecía súbitamente ver a dicha imagen toda trocada, y hacerse muy hermosa, no viéndola ya en pintura, sino verdadera y real. En un instante se volvía como antes. Pero a pesar de marcharme por entonces del aposento, me quedaba tan fija en la mente, que, cuando tenía un momento en que nadie me pudiese ver, volvía ante mi Virgen. Todo lo bello y bueno que podía tener, se lo llevaba al Niño Jesús, y recuerdo que una vez le rogué que se dignase comer conmigo; y me parece que una sola vez tomó un bocadito* ³⁸.

Muchas veces, mientras estaba oyendo misa, a la elevación de la hostia sacrosanta parecíame ver en ella al Niño Jesús visiblemente y sé que muchas veces gritaba en alta voz diciendo: “Ah, Ah”, y quería correr junto al sacerdote, pero mi madre me detenía. A veces veía que el sacerdote se tornaba resplandeciente como un sol y yo le decía a mi madre: “Es muy hermoso” ³⁹.

Un día Jesús Niño vino como en vuelo a mis brazos y se apoyó con su cabecita sobre mi pecho de la parte del corazón. Estaba precisamente sobre él que dormía plácidamente, pero durante su sueño me hacía estar despierta y su Corazón y mi corazón se unían de tal suerte que mi corazón se convirtió pronto en un horno de amor ⁴⁰.

Otro día, la santísima Virgen puso al Niño Jesús en mis manos. ¡Oh Dios! No puedo explicar con la pluma lo que en aquel momento experimenté ⁴¹.

Un día entre otros, habíame hecho daño en las manos, en modo tal, que iba a llorar amarguísimamente. Sin embargo, quería callar para no ser oída, y para sufrir con más pena. Súbitamente aparecióse ante mí el Niño Jesús, con

³⁶ Iriarte Lazaro, *Santa Verónica Giuliani*, Ed. BAC, Madrid, 1991, pp. 62-63.

³⁷ Iriarte, p. 62.

³⁸ *Diario de Verónica de Julianis*, Barcelona, 1905-1909, tomo I, p. 62.

³⁹ Tomo I, p. 60.

⁴⁰ Tomo VII, p. 639.

⁴¹ Tomo V, p. 29.

semblante risueño y me dijo: “¿Qué haces?”. Y yo respondí: “Padezco por Jesús”. Y él, como jugando, me agarró de la mano y dijo: “Tranquilízate, yo quiero curarte. Procura no amar a nadie más que a Jesús. Yo soy”. Y enseguida desapareció. Al momento me encontré curada. Diéronme ganas de hacer de nuevo el mismo padecimiento, golpeándome con piedras, como entonces había hecho; pero no pude. Me parece que vino no sé quién de casa y lo dejó.

Otra vez, tenía en la mano y en el bolsillo muchas cosas de comer. No hubiera querido que me fueran quitadas. Iba a sentarme en una escalera y pensaba en lo que podía hacer para esconderlas. Súbitamente, como un relámpago, me pareció ver a dicho Niño, y me dijo: “Da por mi amor, todas estas cosas al primer pobre que venga”. Enseguida oigo a un pobre que dice: “Un poco de limosna por amor de Dios”; y entró dentro de la puerta. Le di la mitad, y lo demás quería conservarlo para mí.

Al ir a entrar en casa, encuentro otro pobre, y yo tenía intención de darle lo que me quedaba, porque pedía con gran insistencia alguna cosa por amor de Dios. Iba a darle lo que tenía, pero la gula me hizo retener algunas cosas para mí.

Cuando llegué a casa, no podía sosegar ni estar tranquila si no se lo daba todo a los pobres. Fui a la ventana y lo arrojé todo a la calle; reservé un bizcochito para mí. Por entonces no me di cuenta del defecto, porque no tenía conocimiento; pero al reprenderme ahora el Señor por esto, ¡oh! ¡Qué cosa más grande me parece que sea! Con este hecho, él me ha dado a entender cuántas faltas he cometido, por no haber tenido verdadera caridad. ¡Qué confusión, qué vergüenza y qué dolor me causan estas cosas que Dios pone ante mí, cual si las hiciera ahora! Estos dos hechos, jamás se los he manifestado a persona alguna. Ahora, Dios me hace recordar todo lo que ha obrado en mí⁴².

Muchas veces, cuando estrenaba algo, vestidito, corales, o cualquier otra cosa, íbame enseguida ante las imágenes de Jesús y le decía: “Venid, Jesús mío, venid que os daré todas estas lindas cosas”. Y me comenzaba a despojar de todo poniéndolo en el suelo; y de nuevo le llamaba. Y me parece que dos y más veces, él estuvo en actitud de tenderme la mano bajándola. Pero yo decía: “Bajad Vos, si queréis estas cosas”.

Recuerdo que una mañana estaba delante de una Virgen que amamantaba al Niño Jesús, y yo decía: “Venid a mí, Jesús mío, que yo también os daré leche”. Y ahora me parece recordar que en aquella ocasión el Niño se rió; miróme un poco, y luego nuevamente se cogió al pecho de la Madre. ¡Oh Dios! No sé cómo

⁴² Tomo V, pp. 302-303.

fue. No podía más. Quería llegar a dicha imagen y no podía. Cogí algo y tanto hice que vino al suelo el clavo y la imagen.

Muchas veces iba ante alguna imagen de la santísima Virgen y decía de corazón: “Dadme este Niño, que yo le tendré siempre conmigo”. Y luego le decía a Jesús: “Venid, venid. ¡Os deseo tanto! Os daré todo cuanto tenga; venid conmigo”. Paréceme recordar que muchas veces el Niño Jesús me tendía la mano, o bien él mismo me llamaba a sí. ¡Oh Dios! Aquí no sé ni puedo referir cosa alguna, porque no recuerdo bien qué dejaba en mí todo aquello. Solo recuerdo que yo no tenía más pensamiento que él. A veces se aparecía tan resplandeciente que no podía mirarle, y sin conocimiento alguno le decía: “Sois todo mío”. Y él replicaba: “Y tú eres mía”. Entonces a gritos le decía: “Venid a mí”. Y le llamaba innumerables veces.

En cualquier sitio donde viese a Jesús y a María me paraba; y si no podía, cuando no me veían los demás, volvía al mismo sitio, poniéndome a discurrir con Jesús, como hubiera hecho con una criatura. A veces él razonaba conmigo, contestándome a todo. A veces le veía reír, y antes de separarme de él le decía: “Soy vuestra, y Vos sois todo mío”. Y él decía: “Soy todo para ti, y tú toda para mí”. ¡Oh, qué contento sentía!

Muchas veces vi a Jesús en una imagen como criatura visible; y una vez entre otras me parece que fui diciendo en alta voz que quería aquel hermoso Niño, y por lo menos darle un beso. Así es que una de mis hermanas lo cogió, pero yo ya no le veía como antes, sino niño de cera que estaba allí en el pesebre. Así es que dije: “No es este aquel tan hermoso”. Y lloraba amargamente, pensando que lo habían ocultado.

Otra vez, también por el mismo tiempo, estaba yo ante el Niño Jesús, y de corazón le rogaba que se dignase aceptar mi corazón; y él me dijo: “Sí lo tomaré, y yo seré tu corazón”. Toda contenta extendí la mano para tomarlo, pero desapareció ⁴³.

Recuerdo que una vez me regalaron unas estampas de la santísima Virgen con Jesús en los brazos; y queriéndolas yo, no me las quisieron dar, pero atisbando dónde las ponían, puse la mano en ellas, y no paré hasta que puse una en el seno. ¡Oh, cuán contenta estaba teniendo junto a mí al Niño Jesús! Pero duró poco, porque pronto se me rompió. Y yo fui de nuevo a la otra imagen compañera de ésta, y cogí el otro Niño, el cual tampoco me duró mucho, porque entre besos y caricias, presto se desgarró. Si hubiese podido, hubiera hecho lo mismo con cuantas imágenes veía; pero no podía.

⁴³ Tomo I, pp. 56-59.

A veces, cuando veía alguna imagen que me gustaba y no podía llegar a besarla, cogía un bastón o una caña y la hacía caer para tenerla en la mano, lo cual hice también muchas veces. Otras, con mesas, sillas, taburetes y demás, formaba como una escalera para encaramarme hasta alguna imagen, y en particular una de la santísima Virgen que teníamos en un aposento. ¡Me gustaba tanto! y estaba también Jesús, a quien muchas veces había visto tenderme la mano. Quería llegar hasta él para darle siquiera un beso; y después de hacer la escalera con todos aquellos trastos, subí a ella, y cayendo me descalabré de mala manera. Sin embargo no me atemorice, y lo hice muchas veces, ocurriendo siempre lo mismo.

Me enfadaba yo con el Niño Jesús, y poniéndome delante de él con la cabeza vendada, le decía: “¿Veis lo que me habéis hecho? Por vuestra causa tengo rota la cabeza. ¿Por qué no venís a mí?”. Me parece recordar que el Niño se reía; y yo le decía: “No os riáis, sino venid ahora. Si no venís, me romperé de nuevo la cabeza, porque de veras os quiero”. Y me sentaba allí en el suelo, añadiendo: “No me moveré de aquí, si no venís”. Así me estaba mucho rato, pero no podía sosegar, porque era como una pólvora.

Dejaba aquella imagen, y me iba a alguna otra, ante la cual hacía lo mismo, diciendo: “¿También Vos sois como aquel otro, y tampoco queréis venir?”. Iba a buscar algún manjar, y poniéndolo allí en el suelo, decía: “Jesús mío, no quiero comer sin Vos”. Esperaba un buen rato, y al fin comía ⁴⁴.

Una vez, yendo al huerto de casa, de pequeña, en un abrir y cerrar de ojos, vi un bellissimo niño. Corrí tras él, para abrazarle, pero enseguida huyó. Yo di vueltas por todo el huerto para volverle a encontrar; y luego, toda alegre fui buscándole por toda la casa. Corría y me reía y no decía más. Pero no le pude ver más. Y el Señor me ha hecho entender que era él. No sólo se me mostraba visiblemente, sino que hasta durmiendo, siempre soñaba con el Señor y la santísima Virgen; y me acuerdo que muchas veces, enseguida me despertaba de la alegría que tenía. Y mis hermanas me decían que muy a menudo me oían reír, mientras dormía con ellas.

Ahora el Señor me ha hecho recordar que, estando yo, ante un crucifijo, le dije de corazón: “También yo quiero estar así como estáis Vos, Señor”. Y estuve mucho tiempo con los brazos en cruz. Y por no poder alcanzar a besarle, di muchos besos a la pared donde estaba arrimado.

⁴⁴ Tomo I, pp. 284-285.

El Señor me ha hecho recordar que yo decía muy a menudo entre mí misma: “Yo quiero ser esposa de Jesús”; y si, por acaso, encontraba alguna imagen del Niño Jesús, le decía: “Señor, yo quiero ser toda vuestra”. Así decía, pues me acuerdo como si fuese ahora; pero no tenía conocimiento.

Recuerdo que cuando iba a casa algún niño, llevábale enseguida a hacer reverencia a mi santísima Virgen y le hacía rezar el Avemaría. A los que lo hacían, les daba de comer, acariciándoles muchísimo. Pero a veces iban algunos tan obstinados que no les podía hacer inclinar la cabeza, ni querían rezar el Avemaría. A estos les daba cachetes, y les hacía pasar la puerta diciéndoles: “No volváis más, porque no os quiero, ya que no queréis bien a mi Virgen”.

Muchas veces, cuando había flores en el huerto, hacía ramilletes y coronas que llevaba a mi Niño Jesús. Quería que las tomase; y como no podía llegar a dárselas, cogía una caña larga y se las ofrecía así, enfadándome a veces porque no tomaba las flores.

Recuerdo ahora que una vez, en tiempo de rosas, por coger una, me pinché toda con sus espinas. Llévesela a Jesús, y quería que bajase junto a mí, pues de lo contrario no le daría aquella rosa. De repente me pareció ver que aquella imagen se movía y se hacía hermosísima. Esforzábame yo en decir: “Jesús, venid”. Y añadía: “Venid”. Como un relámpago me parecía ver a Jesús ante mí. Cogióme aquella rosa, y enseguida huyó. ¡Oh, cuánto lloré! Y decía: “Me pinché toda por él. ¡Y me hace esto!”. Y lloraba tan fuerte que recuerdo que mis hermanas acudieron a ver qué tenía. Yo nada dije, pero nadie podía tranquilizarme.

Pocos días después volví ante aquella imagen, y de nuevo comencé a llamar a Jesús, y recuerdo que le dije: “¿Cómo? ¿Queréis venir, huyendo después? Mejor no vengáis, porque me la habéis hecho ya tantas veces que ya basta. Yo os llamo para que os quedéis conmigo para siempre. Esto quiero”. Todas estas cosas las he hecho muchas veces.

Recuerdo asimismo ahora que muchas veces, teniendo que llevar alguna mesa o cosa pesada, y no pudiendo hacerlo yo sola, me parecía sentir siempre como una persona junto a mí. Y muy presto veía hecho el altarcito, pero no sé cómo.

b) EL NIÑO JESÚS EN SU EDAD ADULTA

Ella misma refiere: Hace pocos años la noche de Navidad, después de salir de la iglesia las monjas, me fui allí junto al Nacimiento. Me pareció ver de

repente al Niño del pesebre todo resplandeciente y como criatura viva. Le rogaba yo, pero de corazón, y le cogía la mano. Él se movía y me comunicaba un no sé qué.

Al fin me sentí como alocada y en aquel momento le di muchísimas cosas, ya de amor y de ofrecimiento, ya de súplica. Lo tomé en mis brazos y lo estrechaba contra mi pecho, rogándole que se dignase tomar mi corazón en el cual sentía yo un no sé qué nuevo. Tenía mi cabeza apoyada en la suya y no hablaba con la lengua, sino que sentía que mi alma se unía por completo a él, con su amor. Me parecía que él me trocaba en otra ⁴⁵.

Me dio un raptó, en el cual me parecía hallarme en un lugar espacioso y grande. Oía sonidos y cánticos, pero nada veía. Sólo mi ángel custodio, mostrábame con el dedo una gran luz a lo lejos, que venía hacia mí. En un instante vi venir muchos santos y santas, todos los cuales formaban círculo alrededor de un trono que había allí en medio de dicho lugar.

Y de nuevo oía en los aires cánticos y sonidos; pero nada veía. ¡Oh Dios! Parecía que dichos cánticos fuesen de ángeles y los sonidos del paraíso. Llenábanme el corazón, y cada vez veía acercárseme más aquella luz. De pronto apareció la santísima Virgen, llevando en brazos al Niño Jesús, quien me parecía ser el mismo que muchas veces había visto. La santísima Virgen me indicó si lo quería en mis brazos, y lo tenía de modo que parecía ofrecérmelo. Anhelaba yo tomarlo; pero me reconocía tan indigna que no osaba acercarme. Y entretanto, sentía tal ansia y deseo, que no podía más. Parecía que el corazón le llamase; y él estaba en actitud de querer venir. Súbitamente mi ángel custodio, me condujo allí y Jesús me dijo: “¿Qué quieres?”. Yo respondí, no sé cómo: “A Vos os quiero, mi sumo Bien” ⁴⁶.

El 22 de febrero de 1697 me pareció ver al Niño Jesús, quien me dio un beso de paz, confirmándome como su esposa ⁴⁷.

El 24 de febrero de 1697 por la mañana, en la comunión, tuve la visión del Niño Jesús, que se acercó a mí y, como en actitud de abrazarme, me dio el beso de la paz. Y con dicho beso me confirmaba los desposorios y todo lo que había obrado en mi alma ⁴⁸. Lo mismo sucedió el día 25 y otros muchos días más.

⁴⁵ Tomo I, p. 134.

⁴⁶ 8 de septiembre de 1697, tomo IV, p. 295.

⁴⁷ Tomo III, p. 335.

⁴⁸ Tomo III, pp. 337-338.

Muchas veces al ver al Niño Jesús me hacía sentir uno de esos toques del corazón, que me hacían comprender que él era el esposo de mi alma, pero con aquellas huidas repentinas parecía que me hacía morir de pena. A veces me parece que se lleva mi corazón. Es inútil que yo lo llame con muchos nombres y títulos: nada lo detiene. A veces me da tiempo para decirle: “Jesús mío, ¿queréis ya desposaros conmigo? ¿Por qué no os quedáis? Esposo mío querido, no hagáis el fugitivo. Quedaos conmigo”. He experimentado que a veces, hablándole así, se queda un poco más, pero sucede pocas veces ⁴⁹.

En la mañana del 27 de enero de 1703, mientras mi confesor celebraba la misa, el Niño Jesús me ha quitado el corazón y me parecía que lo tuviera sobre el altar como las veces pasadas. Antes de empezar la misa, me ha parecido que mi ángel custodio me ha avisado de parte de mi confesor que me preparara para la comunión. Durante la misa, por dos veces, me ha hecho entender lo mismo. Y mientras el sacerdote comulgaba, nuevamente me ha dicho mi ángel: “Ahora debe darte la comunión también a ti”. He visto a Jesús sacramentado en las manos de mi ángel custodio, quien me ha dicho las precisas palabras que se dicen en la comunión, y al recibir la sacratísima hostia, he experimentado en mí los mismos efectos de la comunión sacramental ⁵⁰.

Una tarde se me apareció el Niño Jesús y me iba mostrando un camino del todo espinoso; y él corría por aquellas espinas llamándome también a mí. En un instante estuvo al fin del camino y me hizo entender que aún no debía yo andar por él, pero que en breve tendría que pasar por el mismo, que no temiese, porque él vendría conmigo. Con cuánto gusto hubiera abrazado a aquel hermoso Niño que atraía a Sí mi corazón ⁵¹.

Una Navidad, estando ante el Niño Jesús en el pesebre, le rogaba que concediese alguna gracia a mi alma y le pedía de corazón su amor. De pronto, me pareció quedarme como fuera de mí; se me representó el Niño Jesús y me dijo: “¿Qué deseas?”. Yo respondí: “¡A Vos, Sumo Bien mío!”. Y me pareció que me replicaba: “¿Qué es lo que pides?”. Yo repliqué a mi vez: “¡El amor vuestro!”. Y replicó de nuevo: “¿Qué es lo que quieres hacer con mi amor?”. Yo repuse: “¡Amar a quien tanto me ama, que sois Vos!”.

Al mismo tiempo me concedía cuanto yo expresaba; pero yo no entendía nada. Sentía en mi corazón como una llama ardiente; todo mi anhelo era amar a Dios. Aun después de volver a mis sentidos, me quedó un no sé qué; me parecía

⁴⁹ Iriarte, p. 141.

⁵⁰ Tomo VI, p. 253.

⁵¹ Tomo III, p. 171.

no poder hallar sosiego. Fuese donde fuese, estuviese donde estuviese, hiciese lo que hiciese, el Niño Jesús seguía en mi mente tan al vivo como lo había visto.

De todo esto no hablaba con nadie, ni siquiera con el confesor; trataba de hacer lo que estaba de mi parte y buscaba ocasiones de padecer. A pesar de ello, cuando a veces ocurría alguna cosa, la sentía al vivo, ya que en mí no había ni sombra de virtud, sino que yo era toda sensibilidad y, por ser de natural colérico, tenía que habérmelas muchas veces con esta humanidad mía. Es cierto que, cuando cometía alguna falta, tenía tal pena y dolor que andaba con gran cuidado para no volver a caer de nuevo.

A veces, mientras me ocupaba en las faenas del convento, como acarrear agua y leña, barrer y cosas semejantes, me sentía sin fuerzas para hacerlo; a pesar de lo cual, siendo esos quehaceres propios de las novicias, me ponía a hacer todo, y decía dentro de mí: “Jesús mío, venid conmigo, que así todo se me hará fácil”.

Lo decía sin recapacitar; pero, a veces, le veía de pronto a mi lado, y luego desaparecía. Me dejaba tal vigor, que no sólo hacía todo el trabajo, sino que hubiera hecho todavía más⁵².

Después de mucho tiempo de estar en la Orden, me hallaba pensando en un cuadro (de mi infancia, de María con el Niño Jesús) y a quién habría ido a parar porque yo se lo pediría para que volviese a mis manos. Muchas veces pensaba en él, y se lo decía a las hermanas, a quienes manifestaba cuánto hubiera deseado poder tener cierto cuadro que había en casa. Ellas decían: “Enviadlo a buscar”. Y yo contestaba: “¿A quién, si a nadie tengo?”.

Encomendábame un día a la santísima Virgen, pidiéndole la gracia de que volviese a mí; y me parecía oír en lo íntimo del corazón: “Está tranquila que vendré”. No sé cómo fue. Un día vino cierta limosna, y entre otras cosas venía un envoltorio, que no se veía lo que era porque estaba muy bien atado. Oí en lo más íntimo de mi alma que María santísima me decía: “Ya he venido”. Cogí aquel envoltorio, y dije con alegría: “Aquí está la imagen que tanto deseo”. Las hermanas comenzaron a reírse de mí. Se abrió el envoltorio y efectivamente allí estaba. Creí volverme loca de alegría, y la hubiera querido tener en la celda, pero no me fue concedido. Destináronla a la estancia del noviciado, aunque me la concedieron por la primera noche, durante la cual María santísima renovó en mí todas las gracias que me había concedido de pequeña, esto es, puso a su hijito en mis brazos, me abrazó más de una vez y me dio su purísima leche. Muy

⁵² Iriarte, pp. 91-92.

frecuentemente la visitaba después que hubo sido colocada en el noviciado; pero, por no causar extrañeza, hacía lo por la noche ⁵³.

Muchas veces el divino Niño bajó de los brazos de su santísima Madre, viniendo a abrazarme, como hacen los niños; pero al instante se volvía a los brazos de María santísima.

Ahora he recordado que una vez me quitó los corales que llevaba al cuello, y le dije a Jesús que, si venía, se los daría. Y me parece que María santísima y Jesús bajaron allí al suelo, donde yo estaba, y tomando Jesús los corales, se los puso al cuello, lo cual me causó gran contento. Pensaba que me los devolvería; pero se estaba quieto y le gustaban. Yo no sabía cómo hacerlo, porque los quería; y al cabo de un rato se los pedí. Quitóselos del cuello riendo, y se los dio a la santísima Virgen, quien me los devolvió, dándome un amoroso beso, y lo mismo hacía Jesús. Estas simplicidades mías se repitieron muchísimas veces con la imagen que tiene el canónigo Carsidoni.

Esta santísima imagen está de tal manera impresa en mi mente que siempre me parece estar viéndola a la manera que se me mostraba cuando yo era chiquitina. Dábame advertencias como madre amorosa; y entre otras me dijo un día: “Hija ¡te ama tanto este Hijo mío! Prepárate que será tu esposo”. Y yo me propuse no querer otro esposo más que él; y desde aquel día quedó en mi corazón gran amor y ansia de Jesús. Después de haber hecho este pacto con él, iba a verle más frecuentemente. Todo lo que me daban hermoso y bueno, iba a enseñárselo a Jesús. Me dijo un día: “Te quiero mucho. Procura no poner tu amor en otro, sino que sea todo para mí”. Y yo contesté: “Jesús amado, ¡os quiero tanto! Enseñadme el modo como me debo portar”. Y dirigiéndose a la santísima Virgen dijo: “Sea guiada por Vos esta nuestra amada hija”. Y ella prometió hacerlo, de lo cual he experimentado los efectos.

Otra vez, hallándome yo encolerizada con el Niño, porque no había querido venir conmigo a hacer altarcitos, fui, pero ya no lo invité. Hacía la enfadada con él, y no lo quería invitar más. Él me dijo: “¿Por qué no me llamas?”. Y yo hosca. La santísima Virgen me dijo: “Hija, este mi Hijo quiere ir a ti”. Se vino a mis brazos, como volando, y yo toda contenta me lo quería llevar; dirigiéndome a María santísima, le dije: “No penséis volver a verle”. Apenas hube dicho esto cuando, de un vuelo, el divino Niño volvió a los brazos de su Madre santísima ⁵⁴.

⁵³ Tomo I, pp. 274-275.

⁵⁴ Tomo I, pp. 276-279.

Esta mañana, cuando he tenido la noticia de la santa comunión, el corazón ha saltado de alegría. Cuando hube comulgado, me ha sobrevenido de pronto un recogimiento (éxtasis) con la visión del Niño Jesús, quien me ha dicho: “Ánimo, esta mañana quiero hacerte descansar un poco sobre mi Corazón”⁵⁵.

Después de la comunión vi al Niño Jesús... El Señor tomó un rosario que yo tenía en la mano. Lo besaba y luego lo mostraba a la Virgen. De pronto vi muchos santos, particularmente al padre san Francisco, san Felipe Neri y santo Domingo. Todos estos santos gozaban mucho con cuanto el Señor hacía conmigo. En esto el Señor me volvió a poner el rosario en el brazo y yo le dije: “Esposo mío, yo quisiera que este rosario lo pusierais también en manos de la santísima Virgen y de todos estos santos y particularmente de estos tres que me hacéis conocer”. Él me aseguró que me complacería en esto... Y me dio el beso de la paz⁵⁶.

De nuevo Jesús cogió el rosario que yo llevaba al cuello y se lo dio a la beatísima Virgen y ella se lo tendió a san Felipe Neri, y éste con el mismo rosario tocaba los pies del Niño Jesús. Por fin dicho santo se lo tendió a Jesús y el Señor volvió a ponerlo en mi cuello⁵⁷.

En la Navidad de 1702, al hacer la procesión con el “Niño”, la Madre me dio a mí el Niño para que lo llevase. Enseguida dicho Niño se convirtió en niño de carne palpable y tan caliente que, al llevarlo, me quemaban las manos y me sentía inflamar el corazón. Me parecía que, al entrar en la celda de las hermanas, el Niño se transformaba. Tan pronto lo veía completamente contento como disgustado. Lo vi contento en ocho celdas, en las demás se mostró disgustado. De vez en cuando se le inflamaba la cara, lo que también notaron las hermanas. Al llevarle a la enfermería, se turbó más que en todos los demás lugares y parecía que fuera allí como a la fuerza. Al volverle a llevar al pesebre, de nuevo se volvió como actualmente está⁵⁸.

El 28 de febrero de 1703 se hizo la procesión del “Niño” en el pesebre por las presentes necesidades de los terremotos. Mientras lo llevaba, este Niño se transformó por tres veces en niño de carne y parecía que me quisiera abrazar y yo me quedaba alocada de su divino amor... El santo Niño tenía tanto fuego que, al llevarle, me quemaba las manos⁵⁹.

⁵⁵ 3 de mayo de 1697, tomo IV, p. 21.

⁵⁶ 5 de mayo de 1697, tomo IV, p. 24.

⁵⁷ 8 de mayo de 1697, tomo IV, p. 30.

⁵⁸ Tomo VI, pp.195-196.

⁵⁹ Tomo VI, pp.307-308.

Cuando lo llevé a la celda de sor L., parecía que no quería ir allí. Yo le encomendé dicha alma; me ofrecí a penas y tormentos, a fin de que ella se convirtiera toda a él; y me parece haber tenido en aquel instante una cierta esperanza de que esta criatura se haya de enmendar con el tiempo. En este punto el divino Niño quedó bello como antes.

En la celda de sor V. y de sor M., me pareció que se pusiera un poco melancólico; pero súbitamente se volvió bellísimo, y ha permanecido con esta belleza, hasta que estuvo en el santo pesebre. Yo no sé, siempre que iba a visitarle lo hallaba casi siempre tan alegre que parecía de carne ⁶⁰.

El 22 de diciembre de 1705 se hizo la procesión anual del Niño del pesebre. Me pareció que al tomarlo, súbitamente se transformó en Niño de carne. Al conducirlo por todas las celdas tomó varias mutaciones. La primera la de sor C. Yo rogué para que Jesús hiciera que esta hermana se convirtiera en verdadera observante de la Regla. Yo tenía una mano a los pies del Niño y en aquel momento me pareció sentir como si me hubiera empujado con sus piecitos. Se transformó su cara, pero después quedó como antes.

La segunda fue la de sor S. C. Al entrar me pareció que Jesús se quedó tan pálido de cara que me causó terror y sentía que con sus piecitos empujaba mi mano para no entrar en dicha celda. Todo esto me causó gran pena en mi interior. Rogaba al Niño que quisiera ablandar el corazón de dicha hermana. La tercera fue la de sor D. El santo Niño transformó su cara y se quedó pálido aquí también. Todo esto me movió a llanto, pero me contuve cuanto pude. Al salir de esta celda, el Niño se quedó bello como de costumbre.

La cuarta fue la de sor D. Aquí también el Niño se transformó; pero no tanto. Yo comprendí que dicha hermana hacía regalos propios de seglares y no según la Regla. La quinta fue la de sor G. Aquí el divino Niño se hizo tan pesado que creía no poder llevarlo más. No hubo medio de que pudiera colocarlo sobre el altarcito. Me pareció que dicha hermana era propietaria y se proveía de cosas superfluas para sí y para las demás. En la sexta celda no se transformó, pero me hizo entender que dicha hermana tenía propia voluntad. Y yo le dije a ella: “Haced ofrecimiento a Jesús de vuestro corazón y de vuestra voluntad, cambiad de vida, si queréis amar a Jesús”.

En la séptima el divino Niño se hizo bello con colores en la cara y lleno de júbilo. En la celda ocho quedé como sin sentido. El Niño de escultura se transformó en carne palpable y me dijo en el corazón: “Esta esposa mía es de mi gusto. Haz que ella se conserve con pureza y sencillez”.

⁶⁰ Tomo VI, pp. 472-474.

En la celda nueve entró lleno de gozo. En la celda diez no hizo transformación alguna. Solo me pareció entender que yo debía ayudar a esa alma. En la celda once se quedó más colorado y lleno de júbilo. En la celda doce se mantuvo muy bello.

En la celda trece quedó el Niño de buena gana y me pareció que lleno de contento me dirigió una amorosa mirada. En la celda catorce se quedó más colorado que nunca. En la celda quince, mi celda, me arrebató los sentidos y me hizo conocer cuánto amaba a mi alma. Me dio un cariñoso beso. En la celda dieciséis me pareció que se llenaba de regocijo. En la diecisiete quedó lleno de contento y no hizo mutación alguna. En la celda dieciocho se hizo palpable y me pareció que con sus piecitos hacía esfuerzos contra mi mano que lo tenía como si no hubiera querido entrar en esa celda. En la diecinueve se volvió todo colorado y contento. En la veinte me pareció todo turbado y tan pálido que me causó gran pena. En la celda veintiuna quedó bello y colorado como está siempre ⁶¹.

El año 1709 ó 1710 estaba Verónica muy gravemente enferma en cama y le dieron la unción de los enfermos. Las religiosas le trajeron a su cama la imagen del Niño Jesús. El Niño le tomó la mano a Verónica y le sujetó con fuerza un dedo a la vista de todas las presentes, de modo que ninguna pudo sacarle el dedo de la imagen hasta que el mismo Niño hizo un chasquido y la soltó. Todas quedaron asombradas ⁶².

El 14 de mayo de 1715 Jesús Niño con sus caricias y sus enseñanzas me hizo enloquecer y de tal manera me encuentro que no hallo modo de escribir las obras que hace en mi alma ⁶³.

Jesús Niño se abrazó a mi cuello estrechamente y me comunicó su divino amor. Me decía: “Esposa mía, yo te he tomado y atado y con ligaduras de amor te tengo” ⁶⁴. Una mañana durante la misa tuve la visión de la santísima Virgen con el Niño Jesús. María hacía señal de que fuera allí con ella. El Niño Jesús hacía lo mismo. En ese momento he visto a mi ángel custodio que también me indicaba que fuera allí donde estaba la santísima Virgen... La Virgen puso el Niño Jesús en mis brazos. Lo que en aquel momento he experimentado no puedo describirlo ⁶⁵.

⁶¹ Tomo VI, pp. 608-612.

⁶² Sumario p. 94.

⁶³ Tomo VII, p. 627.

⁶⁴ Tomo VII, pp. 631-632.

⁶⁵ Tomo V, p. 88.

BEATA INÉS DE BENIGÁNIM (1625-1686)

Cierto día, estando sor Inés en su celda en alta contemplación, pidiendo a Dios usara de misericordia con ella, perdonando sus faltas y comunicándole mucho amor para más y más amarle, se arrobó y se le apareció Nuestro Señor Jesucristo de edad como de cuatro años, vestido de una tunicela de color carmesí, rica y hermosa. Así que lo vio, con singular alegría y devota reverencia, le dijo: “Esposo de las almas, galán enamorado, seáis bien venido”. Quiso arrojarle a sus pies, y su divina Majestad se apartó con mucho agrado como que no quería le tocara su sierva. El Niño Dios riéndose, huía a la manera que los niños suelen provocarse unos a otros para ver si los podrán alcanzar y coger. La sierva de Dios iba corriendo por la celda, ya a una parte ya a otra, extendiendo los brazos y con las manos hacía ademanes de querer coger a alguno. Todo lo cual, lo estaba viendo una religiosa, y oyó que decía: “Señor, yo os alcanzaré”. Daba vueltas por su celda diciendo: “Yo os cogeré”. Esto duró por algún rato; y habiendo vuelto del arrobamiento, le suplicó la religiosa que había visto las acciones y oído lo que había dicho, la consolara diciéndole lo que había sucedido; y la sierva de Dios con su santa sencillez, juzgando que la otra había entendido todo el misterio por lo que vio y oyó con toda claridad, le refirió cómo había jugado y se había entretenido un rato con el Niño Jesús.

Hallándose cierto día la religiosa que hacía la cocina muy ocupada, y necesitando avisar al hombre que trabajaba en el huerto que arrancase unas pocas chirivías para hacer un plato a la Comunidad, acertó a pasar por la cocina sor Inés. La religiosa le dijo, si quería hacerle la caridad de decir al hombre del huerto que arrancase las chirivías. Respondióle: “De muy buena voluntad lo haré ahora mismo”. Fue y halló que ya se había salido el hombre; y considerando que para arrancarlas era menester la fuerza de un hombre por haber de cavar profundamente, no atreviéndose a decirlo a ninguna de las religiosas, se resolvió a tomar un azadón y se fue a donde estaban; y así que llegó se le apareció Nuestro Señor Jesucristo, de edad como de doce años, vestido de gala, y llevando al hombro un azadoncito muy reluciente. Púsose su divina Majestad a hacerle fiestas, manifestarle cariño y a jugar con ella.

Correspondíale sor Inés con sus enamoradas finezas; pero, considerando que la religiosa esperaba las chirivías, le dijo: “Señor, perdonad, que ya no podemos jugar más, porque he de probar si podré arrancar chirivías, que aún se han de guisar para la Comunidad”. Diciendo esto, más juegos movía con ella su divina Majestad; de suerte que se resolvió a decirle: “Señor, estaos quietecito, si sois servido; de lo contrario, os quitaré ese azadoncito que lleváis, porque me gusta mucho”.

Diciendo y haciendo, se puso sor Inés a arrancar chirivías; y al mismo punto, tomando el Señor su azadoncito con bravo garbo, se puso también a arrancarlas. Decía ella: “Bien puede ser que yo arrancase algunas; pero tan pocas debieron ser, que entiendo las arrancó todas mi cordial esposo. Tomó las chirivías, llevólas a la cocina, guisáronlas, sacáronlas al comedor; y así, por ser tan crecidas como por el gusto y suavidad que tenían, se admiraron las religiosas todas. Preguntaron a la que las había guisado de dónde había sacado tan admirables chirivías, pues jamás habían comido cosa igual. Respondió que las acompañaba en su sentir; pero sor Inés le había dicho que eran del huerto. Entonces se estrecharon con ella para que dijese de dónde había sacado tan preciosas chirivías; y bien sea por las instancias de sus hermanas, o porque se lo mandó la Priora, que es lo más cierto, la obligaron a que refiriese todo lo que había sucedido ⁶⁶.

Uno de los días de carnestolendas, cierto año, después de haber salido a mortificación en el refectorio y haber tomado una rigurosa disciplina, sor Inés se sentó a la mesa; y, estando comiendo, sintió en su interior que la llamaba el divino esposo desde el sagrario del altar mayor de la iglesia del convento. Al instante que pudo desocuparse, fue al coro y, como en ese tiempo estaban cerradas las puertas de la iglesia, levantó el velo o tela de la reja, arrodillóse y puesta en la divina presencia, decía a su enamorado Jesús: “Amor mío y dueño de mi corazón, muy bien he conocido que vuestra divina Majestad me llamaba, pero por no faltar al acto de Comunidad, no he podido venir más presto; perdonadme, esposo mío, y si queréis hacer carnestolendas conmigo, ya me tenéis aquí pronta y rendida para hacer vuestra santísima voluntad”.

Acabadas de pronunciar estas palabras, comenzó el Señor a tirarle desde el sagrario unas naranjitas transparentes y hermosísimas; y ella con mucho agrado y cordial alegría, se las volvía a tirar desde el coro, entreteniéndose y regocijándose en estas espirituales carnestolendas. Repitiendo este singular favor, decía que, habiendo sido muchas las naranjitas que arrojó el Señor y otras tantas las que ella le volvía a arrojar, pasaron todas por los agujeros de la reja del coro, sobre ser muy espesa y no se lo impidió la reja, ni con ella tropezó naranjita alguna, ni se rompió ninguna de ellas ⁶⁷.

SANTA FRANCISCA DE LAS CINCO LLAGAS (1715-1791)

⁶⁶ Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913, segunda edición de 1882, pp. 50-52.

⁶⁷ *Ib.* p. 58.

Cuando vivía en su casa, su familia hacía un nacimiento y ella, en la noche de Navidad, era la encargada de llevar al Niño por toda la casa. Lo besaba y rebesaba, llenándolo de lágrimas de amor y ternura. Una vez su hermana Serafina la encontró sola abstraída, mirando al Niño Jesús. Estaba levantada en el aire unos palmos. La llamó y, al volver en sí, se ruborizó y le pidió no decírselo a nadie ⁶⁸.

El padre Laviosa nos dice: Cada año en su casa hacía el belén para Navidad. En la noche precedente no se cansaba de estar horas y horas delante de la imagen del Niño Jesús, mirándolo con amor. Y decía: “¿Queréis conseguir con seguridad alguna gracia de María santísima? Pedídsela por aquella gran alegría que ella sintió la primera vez que vio a Jesús recién nacido en el pesebre y lo adoró entre sus brazos ⁶⁹.

Desde la primera semana de adviento hacía oraciones, ayunos y penitencias especiales. Y se preparaba con una novena para la fiesta de Navidad. Además de la comunión sacramental diaria, hacía muchísimas comuniones espirituales y cada día rezaba 40 avemarías con algunas canciones alusivas a este misterio ⁷⁰.

Afirma el padre Luis María: Tenía la sierva de Dios una imagen bella del Niño Jesús en una urnita y olía a cielo. Sor María Francisca le hizo vestidos, calcetines y sandalias, pero, no pudiendo ponérselos, dijo: “Niño mío, si no extiendes los pies, no puedo calzarte”. Y el Niño Jesús extendió sus pies. Y lo mismo hizo con las mangas para ponerle el vestido que todavía tiene ⁷¹.

Otra noche de Navidad afirma sor María Félix, ella quedó en éxtasis y, al volver, estaba ciega. Por la mañana fueron a la iglesia de Santa Lucía del Monte y el padre Félix le mandó por obediencia recuperar la vista; y así sucedió. Yo le pregunté qué había sucedido y respondió que, en la noche anterior, después de haber colocado al Niño Jesús en el pesebre, vio una gran llanura con muchas flores, donde había una cabaña y de ella salía un brillante rayo de luz, que le dio en los ojos y la dejó ciega ⁷².

Y añade: La noche de Navidad de 1741 estuvo mirando extasiada la imagen del Niño Jesús. Al día siguiente le pregunté qué le decía al Niño. Ella me respondió que se le había aparecido Jesús en la figura de don Salvador y le había dicho: “Esposa mía, he venido a encontrarte. ¿Qué me puedes dar?”.

⁶⁸ Sumario de Proceso de canonización, p. 135.

⁶⁹ Sum p. 128.

⁷⁰ Sum pp. 134-135.

⁷¹ Sum p. 183.

⁷² Sum p. 218.

“¿Qué puedo darte, siendo tan pobre de alma y cuerpo? Vos me podéis enriquecer”. Jesús le puso un anillo en el dedo y le dijo: “Esta noche te hago mi esposa” ⁷³.

Desde ese día se sintió de verdad esposa de Jesús y procuraba en todo hacerlo feliz. *Cuando venían los niños, vestidos de pastores, a tocar instrumentos musicales y cantar villancicos, ella, además de darles algunas limosnas, les preparaba dulces y les hablaba de mantener esa devoción. Todos se iban contentos y agradecidos* ⁷⁴.

BEATA ANA DE SAN BARTOLOMÉ (1549-1626)

A los diez años murieron mis padres... y (mis hermanos) me enviaron a guardar el ganado al campo, aunque era cerca del lugar. Yo lo sentía mucho al principio; mas luego el Señor me consoló y los campos me eran deleites y los pájaros me recogían con su canto, que si empezaban a cantar me estaba las horas recogida. Y muchas veces venía el Niño Jesús y se me sentaba en las faldas y le hallaba allí cuando tornaba en mí.

Lo que aquí sentía en mi espíritu no lo sé decir, que yo me hallaba en un cielo glorioso, que deseaba vivir allí siempre y que no viera más gentes y quisiera irme a un lugar muy lejos.

Y una vez dije al Niño Jesús: “Señor, pues me hacéis compañía, no vamos más donde haya persona, sino vámonos solos a unas montañas, que con vuestra compañía no me faltará nada”. Mas reíase y sin hablar me mostró no era aquello lo que quería de mí. Yo amaba ya tanto la soledad con tal compañía que con ver gente me era la muerte. Algunas veces me tomaban las noches sin sentirlo media legua del lugar y, espantados mis hermanos, me buscaban y reñían. Mas no me espanto que, como no sabían la compañía que yo tenía, ni se lo dije jamás, podían pensar en otra cosa ⁷⁵.

Según declaración de sor Clara de la Cruz, la Madre Ana le dijo a ella y a otras religiosas, *que si pudiera pintar, pintaría al pequeño Jesús en la misma forma en que se le aparecía en su niñez y añadía que era muy hermoso, de pelo rizado sobre los hombros, de color castaño, con un vestido morado, como los*

⁷³ Sum p. 131.

⁷⁴ Sum p. 181.

⁷⁵ Autobiografía A, Obras completas, tomo 1, p. 283.

“nazarenos”, con unos ojos resplandecientes y ardientes, tan atractivos que no se atrevía a mirarlos fijamente, pensando que, si los miraba, moriría de amor⁷⁶.

Cuando llegué a la edad de trece años, que ya mis padres eran muertos... víme afligida, porque siempre había tenido deseo de la castidad. Mas, al fin, determinéme un día a que, si yo hallara un hombre muy rico, muy hermoso, muy agradable, muy santo y que me ayudara al servicio de Dios, que me holgara con tal compañía. Estando en estos pensamientos, aparecióme Nuestro Señor Jesucristo, hermosísimo, como le había visto en el cielo y, hablándome con mucha ternura y amor, me dijo: “Yo soy el hombre que tú buscas”. Desde entonces, me determiné de no me casar y procurar cuanto pudiese ser monja, aunque no sabía dónde ni cómo lo alcanzar por la gran dificultad que entendía en mis hermanos para ello habría⁷⁷.

SANTA MARIANA DE JESÚS (de Quito) 1618-1645

Mariana tenía una imagen del Niño Jesús y a él le ofrecía todo su cariño y lo besaba y abrazaba como si estuviera vivo. Y decía: *Este mi niño es mi entretenimiento*. Pero sus familiares llegaron a saber que el Niño Jesús se le presentaba algunas veces de verdad y con él jugaba y se recreaba. El padre Jerónimo Ruiz certifica: *Mariana jugaba con un hijo de Juana de Salazar, que era muy niño y vivía en su misma casa. Y observando que el niño no se reía, le dijo a su madre: “Toma tu hijo, que es muy frío, porque mi niño se ríe y me hace muchas caricias”. El caso es que se divertía con el niño de una imagen que tenía⁷⁸.*

Isabel de Alvarado nos dice que, *estando de parto doña Juana Caso, sobrina de Mariana, su hijo pequeño llamado Cosme, entró en la habitación y dijo muy alegre a su madre: “Mamá, Mamá, la tía Mariana está jugando con un niño bellissimo en su regazo”. Y su madre le respondió: “Calla, que ya sé lo que es”. Por ello esta testigo, que estaba presente con su madre, creyó que el Señor la favorecía con su presencia como a su esposa querida⁷⁹.*

Por las noches con sus sobrinas, Mariana le cantaba hermosas estrofas al divino Jesús.

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

⁷⁶ Proceso de canonización, p. 425.

⁷⁷ Peregrinación de Anastasio, Diálogo segundo, p. 265.

⁷⁸ Sumario del Proceso de canonización, p. 111.

⁷⁹ Ib. p. 25.

Santa Teresa siempre llevaba en sus viajes un Niño Jesús, además agua bendita y un reloj de arena con una campanilla. Amaba mucho al Niño Jesús y lo besaba y abrazaba a través de sus imágenes. En 1580, al visitar el Desierto de Roda, los padres carmelitas descalzos le regalaron una imagen del Niño Jesús como recuerdo. En San José de Ávila guardan las religiosas la imagen del *Niño del Mayorazgo*, que preside las tomas de hábito, velo, renovación de votos y las procesiones de la comunidad en los días de Navidad.

En varios conventos, en la recreación de la tarde del día treinta y uno de diciembre, tiene lugar una procesión, cantando villancicos acompañados de instrumentos musicales, con una imagen del Niño Jesús que lleva una bolsa que contiene una moneda en señal de provisión para el nuevo año.

Habitualmente es la priora quien porta la imagen, recorriendo todas las celdas y dependencias del convento para ofrecérselas como suyas, mientras que en cada una de ellas le espera la hermana que la habita o la encargada de la misma.

Las hermanas de Sevilla conservan y veneran el *Niño perdido*, que es el que acompañó a la santa en algunas correrías. También tienen una preciosa escultura del *El Quitito*, debido a que sor Teresita, su sobrina, la llevó al Carmelo, cuando en 1575 llegó de Quito. Las de Toledo conservan y veneran al Niño *El Lloroncito*.

Era tanto su amor al Niño Jesús que en Navidad quería que todas le manifestaran su amor. Según sor Isabel Bautista, *solemnizaba mucho la fiesta de Navidad y hacía en ella una procesión por los dormitorios con la imagen de Nuestra Señora y de San José, de quien era devotísima, y enseñaba a las antiguas sus coplitas; y en otras decía y alentaba con esta coplita a sus religiosas:*

*No durmáis, hermanas.
Mirad que viene,
la que a Dios por Hijo tiene.*

Y con esta devoción y alegría iba a todas pidiendo posada para el Niño y para la Madre y para el esposo san José. Y asimismo sabe, por habérselo contado una monja fidedigna, que, estando nuestra santa Madre en el convento de Malagón, la noche de Navidad, no haciendo la Priora esta procesión, que la santa hacía siempre, con mucho espíritu lo sintió ⁸⁰.

⁸⁰ Proceso de canonización, tomo II, p. 534.

SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591)

Le gustaba mucho solemnizar la fiesta de Navidad y hacía en la Nochebuena procesión por los claustros en la que se alternaban villancicos cantados por los religiosos con pláticas del Prior. Después, en el recreo, los novicios representaban algunas escenas del misterio de Belén y fray Juan les daba enseñanzas espirituales.

Estando de prior de Los Mártires en Granada, una Navidad hizo poner a la madre de Dios en unas andas y, tomada en hombros, acompañada del siervo del Señor y de los religiosos que la seguían caminando por el claustro, llegaban a las puertas que había en él a pedir posada para aquella señora cercana al parto y para su esposo, que venían de camino. Y llegados a la primera puerta pidiendo posada cantaron esta letra que el santo compuso: *Del Verbo divino la Virgen preñada, viene de camino, ¡si le dais posada!* Se fue cantando a las demás puertas, respondiéndoles de la parte adentro religiosos que había puesto allí, los cuales secamente los despedían. Replicábales el santo con tan tiernas palabras, así del explicar quién fuesen los huéspedes que la pedían, de la cercanía al parto de la doncella, del tiempo que hacía y la hora que era, que el ardor de sus palabras y altezas que descubría enternecía los pechos de quienes le oían y estampaba en sus almas este misterio y un amor grande a Dios. El cronista habla de las *tiernas* palabras de fray Juan, de cómo *enternecía* a todos. El viejo sacristán del convento de Granada no ha podido olvidar cómo en una de esas nochebuenas fue tal el realismo con que se hizo la celebración “*que no parecía representación de cosa pasada, sino el mismo suceso que se veía presente, como si entonces pasara delante de los ojos*”⁸¹.

La celebración de la Navidad era precedida por las llamadas *posadas*, perduraban durante la octava de Navidad. En este tiempo solían tener los religiosos un Niño Jesús en la sala de recreación, para dirigir a él todas las alegrías de ese tiempo litúrgico. Comenzó el santo a hablar a sus frailes de las finezas del amor de Dios hecho Niño; de repente le vino un ímpetu fortísimo y *se fue hacia una mesa donde en estos días se acostumbraba tener un Niño Jesús a quien dirigir todas las alegrías de aquel tiempo*. Tomó al Niño en brazos y comenzó a bailar con todo arte y gracia. La coplilla que acompañaba su baile decía: *Mi dulce y tierno Jesús, si amores me han de matar, ahora tienen lugar*.

⁸¹ Citado por Marcelino Izquierdo, *La Navidad en san Juan de la Cruz*, revista Teresa de Jesús, 78 (1995) 260.

Este tipo de baile lo repitió enardecido en el convento de las descalzas de Granada ante un Niño Jesús muy lindo ⁸².

Una Navidad, haciendo una plática ante un Niño Jesús, se vieron salir del pecho del Niño muchos rayos, unos mayores y otros menores, los cuales se terminaban en el santo y en los oyentes ⁸³.

MÍSTICA MARIE JULIE JAHENNY (1850-1941)

Cuando en la misa el sacerdote sacó el copón y levantó la hostia, sus manos estaban rodeadas de llamas. Sus palabras eran recogidas por los serafines y la hostia santa se transformó en el Niño Jesús. Los ángeles llevaban banderas y, mientras se distribuía la comunión, los ángeles lloraban de emoción. Yo he visto sonreír al Niño Jesús al entrar en los corazones, pero esa sonrisa no era igual en todos. En los corazones dignos era como un sol lleno de luz brillante. Al regresar el sacerdote al altar después de dar la comunión, todos los ángeles daban gracias por las almas que habían recibido a Jesús. En el momento de la bendición final, nuestro Señor estaba con el sacerdote. ¡Qué maravilla! Y yo volví en mí llena de todos los tesoros de amor que había contemplado ⁸⁴.

Jesús fue siempre para ella el esposo de su vida, el encanto de sus ojos, el amor de sus amores. Jesús Eucaristía, Jesús crucificado y sobre todo el Niño Jesús se le aparecían con frecuencia.

En el éxtasis del 7 de enero de 1877 manifestó Julie: *Nuestra Señora se presentó llevando al Niño Jesús en brazos. El Niño tenía en sus manos una flor de lis y sobre su corazón una cruz... Yo le dije a María: “Madre, ¿me puedes dar al pequeño Jesús para tenerlo conmigo?”. Me respondió que sí. Yo le pedí su manto, que era más puro que el mío, y después le dije al Niño Jesús: “Ven, Jesús, ven a mis brazos”. Y María me lo dio. Yo lo llevé sobre mi lado izquierdo y el Niño sonreía. Él me dijo: “Mi víctima, ¿para quién es tu corazón?”. “Para ti, querido Jesús”, le respondí. Y Jesús me contestó: Tu corazón y el mío están unidos e inseparables* ⁸⁵.

Ángela, la hermana de Julie contó en la Navidad de 1880: *Ella estuvo dos horas de rodillas con un cirio encendido en la mano. Ella estaba en éxtasis y hablaba en voz alta. Veía a su alrededor grupos de vírgenes y santas con sus*

⁸² Citado por José Vicente Rodríguez, *Juan de la Cruz, juglar de Navidad*, 246.

⁸³ Proceso apostólico de canonización, tomo IV, p. 282.

⁸⁴ Bourcier Henri-Pierre, *Marie Julie Jahenny, une vie mystique*, Ed. Tequi, 1990, pp. 138-140.

⁸⁵ Bourcier, p. 164.

cabellos largos sobre las espaldas. De pronto le sacaron su toca y quedó ella también con sus cabellos flotando sobre las espaldas. Al mismo tiempo apareció sobre su frente una gota de líquido brillante y perfumado. Ángela la secó con un paño. Ella decía que tenía al Niño Jesús en sus brazos y hacía gestos como si llevara un niño en brazos ⁸⁶.

En la Navidad de 1879 también Julie recibió en sus brazos al Niño Jesús y declaró: *Yo sentí en el alma un gran calor de amor, que me embargaba totalmente. Yo sentía que mi alma se iba en medio de una multitud de ángeles, que iban al pesebre. Cuando estuve junto al pesebre del Niño, sentí ese calor que me embargaba. El Niño me puso un manto blanco sobre mis espaldas y me dijo: “Quiero reposar en tu corazón y en tus brazos”. Yo creía que no era digna, pero él insistió: “Yo quiero que tú me lleves”. Yo me puse a llorar de emoción, su manita secaba mis lágrimas y yo lo recibí en mis brazos. Su cabecita inclinada sobre mi corazón. Mientras lo tenía así, él pasaba sus manos sobre mis mejillas y me besó en medio de la frente* ⁸⁷.

En el éxtasis del 29 de julio de 1881 nos dice: *Algunas veces el Niño Jesús viene a verme y me dice: “Vengo a estar contigo cerca de tu corazón”. Él es más pequeño que mi ángel custodio. El habla primero y yo después. Él me dice: “Dime tus penas y las de tus amigos”. Él sabe que yo no puedo ir a visitarlo y por eso el viene a mí* ⁸⁸.

En el éxtasis del 13 de enero de 1921 Julie afirma: *Cada mañana el Niño Jesús viene a verme y me dice: “Vengo a estar cerca de tu corazón”* ⁸⁹.

MARÍA LUISA PICARRETA (1865-1947)

El padre Bernardino Bucci nos dice: *Una señora muy anciana, llamada María Doria, a la que yo conocí, contaba que su madre, coetánea de Luisa, en verano solía ir a la zona de Torre Disperata, a una hacienda cercana a aquella donde vivía la familia Piccarreta.*

Esta señora estaba al tanto de los fenómenos relacionados con Luisa Piccarreta niña; se los había narrado su madre con lujo de detalles. Su madre, en su infancia solía acompañar y jugar con Luisa y con sus hermanas, pues eran amigas íntimas. Muchas veces notaban que Luisa jugaba con un muchacho desconocido. Al principio creían que venía de un caserío cercano. Lo raro era

⁸⁶ *Ibíd.*

⁸⁷ Bourcier p. 165.

⁸⁸ Bourcier, p. 167.

⁸⁹ Bourcier, p. 168.

que sólo jugaba y hablaba con Luisa y, después de cierto tiempo, se iba. Las hermanas y las amigas le preguntaban quién era ese muchacho. Ella, sonriendo, no respondía nada. Una vez dijo sí, cuando le hicieron una pregunta pillá: ¿Es tu novio?

Con el tiempo comprendieron que se encontraban ante un fenómeno sobrenatural: se trataba realmente del Niño Jesús, que se manifestaba bajo las apariencias de un adolescente ⁹⁰.

Un día Jesús se le presentó a Luisa como un niño y le dijo: Yo soy el pobre de los pobres. No tengo dónde estar. He venido a ti, si me quieres tener contigo en tu cuartito. Mira, soy tan pobre que ni siquiera tengo vestidos, pero tú pensarás en todo.

Lo miré bien, era un niño de cinco o seis años, sin vestidos, sin zapatos, sumamente bello y gracioso. Al instante le respondí: Por mí, con gusto te habría acogido, pero ¿qué dirá mi papá? No soy persona libre, que pueda hacer lo que quiero, tengo mis padres que lo impiden. Vestirte, sí puedo hacerlo con mis pobres fatigas. Haré cualquier sacrificio, pero tenerte es imposible. Y luego, no tienes padre, no tienes madre, no tienes dónde estar.

Pero el niño repuso con amargura: No tengo a nadie. No me hagas dar más vueltas, déjame estar contigo. Yo misma no sabía qué hacer, cómo tenerlo. Se me ocurrió una idea: ¡tal vez es Jesús! ¿O será algún demonio? De modo que de nuevo le dije: Dime la verdad, ¿quién eres tú?

Y él repitió: Yo soy el pobre de los pobres. Yo repliqué: ¿Has aprendido la señal de la cruz? Sí. Respondió. Pues bien, hazla, quiero ver cómo la haces. Y él se signó con la cruz. Yo añadí: Y el avemaría, ¿sabes decirla? “Sí, pero si quieres que la diga, digámosla juntos”.

Yo comencé el avemaría y él la decía conmigo, cuando una luz purísima se desprendió de su frente adorable y conocí que el pobre de los pobres era Jesús” ⁹¹.

Otra anécdota narrada por el padre Bucci: Mi hermana Gema era una niña delgada y pequeña. Luisa la quería mucho. El nombre de Gema se lo puso ella. La niña entraba y salía con mucha familiaridad de la habitación de Luisa. A ella le complacía su viveza y le encargaba que recogiera los alfileres que caían al suelo. En una ocasión, la pequeña Gema se escondió bajo la cama de Luisa, tal

⁹⁰ Bucci Bernardino Giuseppe, *Luisa Piccarreta*, Librería espiritual de Quito, 2005, p. 97.

⁹¹ Luisa Piccarreta, *Libro del cielo*, vol2, pp. 47-48; 21 de abril de 1899.

vez para dar una sorpresa a mi tía Rosaria, y fue testigo involuntaria de un fenómeno místico. Luisa tenía junto a su cama una mesita de noche, sobre la que se hallaba una campana de cristal que contenía al Niño Jesús.

En un momento determinado, mi hermana percibió algo insólito: se había creado un gran silencio; no se escuchaba ni siquiera el murmullo de las muchachas que trabajaban en la habitación contigua. Gema, entonces, salió de debajo de la cama y vio que el Niño se había animado y estaba en los brazos de Luisa, que lo besaba repetidamente. Gema no recuerda cuánto tiempo permaneció inmóvil contemplando la escena; sólo recuerda que, en cierto momento, sin que sintiera nada extraño, todo volvió a la normalidad. Mi tía Rosaria entró, como de costumbre, a la habitación, y Luisa estaba bordando, como solía. Este episodio nunca me lo relató mi hermana en su infancia. Conservó celosamente lo acontecido en su corazón. Sólo llegué a saber lo ocurrido por el testimonio (ahora forma parte de las actas) que dio durante el proceso diocesano de canonización ⁹².

SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)

En mayo de 1935, durante el oficio de las Cuarenta horas, vi el rostro del Señor Jesús en la santa hostia que estaba expuesta en la custodia. Jesús miraba amablemente a todos ⁹³.

A menudo veo al Niño Jesús durante la santa misa. Es sumamente bello; en cuanto a la edad parece que va a cumplir un año. Una vez, al ver al mismo niño en nuestra capilla, durante la santa misa, me invadió un fortísimo deseo y ansia irresistible de acercarme al altar y de tomar al Niño Jesús. En el mismo instante el Niño Jesús se puso junto a mí al borde del reclinatorio y con las dos manitas se agarró a mi brazo, encantador y alegre, con su mirada penetrante y llena de profundidad ⁹⁴.

Durante la misa de medianoche (de 1933) vi al Niño Jesús en la hostia. Mi espíritu se sumergió en Él. Aunque era un niño, su Majestad penetró mi alma. Me impresionó profundamente este misterio, este gran humillarse de Dios, este inconcebible anonadamiento suyo. Durante toda la fiesta de Navidad lo tuve vivo en el alma ⁹⁵.

⁹² Bucci, o.c., pp. 85-86.

⁹³ Diario 433.

⁹⁴ D 434.

⁹⁵ D 182.

Sor Fabiana Pietkun certificó: *Un día, durante el tiempo de Navidad, puso en el pesebre un florero; pero, cuando salía, se cayó de la altura de un metro y medio sin que se rompiera ni se dañaran las flores. Ella lo recogió del suelo y lo colocó de nuevo en su sitio y dijo con admirable simplicidad: “El Niño Jesús lo tiró con su piececito”* ⁹⁶.

Sor Francisca Borgia afirma: *Cuando sor Faustina era hortelana en Vilna, cultivaba hermosísimas flores en el huerto y las llevaba para adornar el altar. Se podía ver con cuánta alegría y gozo infantil llevaba estas flores a Jesús* ⁹⁷.

Sor Victoria Nawrot certifica: *Una vez en tiempo de Navidad sor Faustina estaba enferma. Mientras preparábamos el pesebre, sor Francisca me mandó tomar la imagen del Niño Jesús y llevarlo a la celda de la sierva de Dios para que lo saludara. Ella tomó al niño y lo abrazó con mucha alegría. Entonces, me vino una idea y se la dije: “Si ahora Jesús te hablara, ¿qué harías?”. Y respondió: “Sencillamente, jugaría con Él con mucho gusto”* ⁹⁸.

Visitaba a Jesús todos los momentos libres. No iba por largo tiempo, sino frecuentemente por pocos minutos, arrodillada ante el Santísimo; y, saludando a Jesús con el rostro sonriente, regresaba a sus labores ⁹⁹.

MELANIA, VIDENTE DE LA SALETTE (1831-1904)

Siendo muy niña, una vez estuve tres o cuatro días sola sin ver a nadie en el bosque (expulsada de la casa por mi madre). Pensaba continuamente en los sufrimientos de la pasión de Jesús y llorando y decidiendo nunca pecar para no ofender a Jesús. Pero me sentía débil, no tenía fuerzas ni para caminar. De pronto vi a un niño pequeño como yo, de una gran belleza, vestido de un blanco brillante y con una corona hermosa en la cabeza. Él me dijo: “Buenos días, mi hermana, ¿por qué lloras? Yo vengo a consolarte”.

Lloro, porque quisiera saber lo que Jesús hizo por salvarnos. Además, quisiera tener una mamá. No tengo a nadie. El niño me contestó: “Llámame hermano, yo soy tu hermano. Nosotros tenemos una mamá”. Grité: “¿Una mamá? ¿Una mamá? ¿Dónde está?” “Nuestra mamá está por todas partes con sus hijos. Ámala mucho. Ella está siempre con los que quieren ser sus hijos. Pronto te llevaré a ver a nuestra mamá”.

⁹⁶ Sumario del Proceso de canonización, p. 38.

⁹⁷ Sum p. 6.

⁹⁸ Sum p. 418.

⁹⁹ Sum p. 7.

Después el Niño me habló de la grandeza de Dios, de su poder y su bondad. Me habló de la vida pública de Jesús y de su pasión. “Hermana mía, huye del ruido del mundo y ama el retiro y el recogimiento. Ten siempre tu corazón en la cruz y la cruz en tu corazón. Que Jesús sea tu única ocupación. Ama el silencio y oirás la voz de Dios que habla al corazón”.

Mi hermanito venía todos los días a verme, a veces faltaba un día, pero venía frecuentemente e incluso varias veces el mismo día. Nosotros conversábamos siempre de la pasión y de la vida oculta de Jesús. Y caminábamos tomados de la mano. Si me caía, él me levantaba. Recogíamos flores juntos y, cada vez que me llamaba hermana, mi corazón se llenaba de alegría, porque no estaba sola: tenía un hermano y una mamá. El Niño era de mi edad y de mi talla. Su cara era de un blanco rosado, sus cabellos castaños claros y rizados, y caían un poco sobre sus espaldas. Sus ojos eran dulces y penetrantes. Su voz dulce, sonora y melodiosa. Ahora bien, no todos los días venía vestido de la misma manera. Unas veces venía con un vestido rosa, zapatos blancos y cinturón azul. Otras veces con un vestido rosa de un rosado plateado cerrado por la cintura con una cinta de oro y los extremos de la cinta pendían por el costado. Otra vez vino con ropa blanca, de un blanco muy hermoso, muy fino.

Después de haber hablado un rato sobre Jesús (ella no supo hasta 20 años más tarde que este hermano era el mismo Jesús. Creía que era un ángel o un santo del cielo, que llamaba mamá a la Virgen María), después de hablar nos divertíamos cogiendo flores y haciendo con ellas coronas. Me parecía que las mismas flores venían a sus manos, pero yo lo veía todo muy natural, porque ignoraba lo que los hombres pueden o no pueden hacer.

Un día le pregunté por qué llevaba en la cabeza una corona de rosas, si no había hecho la primera comunión (al hacer la primera comunión algunos niños llevaban coronas de flores). Él me respondió que antes había llevado otra corona (la de espinas se entiende). En ese momento perdí mis sentidos y me encontré en la presencia de la Majestad de Dios. Vi a Jesucristo grande, majestuoso, lleno de amor, vestido con ropa blanca, plateada, transparente y brillante sobre la que estaban sembradas piedras preciosas de diferentes colores. En la cintura tenía un cinturón o cinta ricamente adornada. Sobre su cabeza había una diadema de oro fino con brillantes centellantes y de piedras preciosas, diamantes, esmeraldas, etc. Él tenía en sus manos una pequeña paloma blanca. Se fijó en ella y trazó sobre su cabeza la señal de la cruz. Apretó la paloma contra su corazón con cariño y dijo: “En virtud de mi cruz, crece y da frutos de virtudes”. Yo recobré los sentidos y me encontré en el mismo lugar del bosque, pero mi hermano ya no estaba.

Un día me senté en el tronco de un árbol cortado. Los pájaros no cantaban. Había un profundo silencio y me dormí. Tuve un sueño: Estaba abatida y cansada y buscaba un lugar para descansar sin encontrarlo. Vi un árbol cortado y observé sus raíces profundas y gruesas, entrelazadas. Al pie del árbol había salido un brote como un segundo árbol. Me senté sobre el tronco con las espaldas apoyadas en el nuevo árbol. En ese momento en que estaba afligida por mis penas, me oí llamar: “Hermana, hermana querida”. Abrí los ojos sin ver a nadie y, sin embargo, todo el bosque estaba claro en pleno día y sin sombras. La misma voz me dijo: “Yo soy tu hermano, ven”. Me puse de pie y vi a mi hermano vestido con vestido rosa y zapatos blancos. Al momento me lancé a abrazarlo, pero él me dijo que todavía no era la hora de abrazarlo. Al instante mis penas cesaron y sentí alegría y paz.

Durante el tiempo que permanecí en el bosque, me alimentaba de pequeños frutos que crecen allí, pero también debo decir que muchas veces mi “hermanito” me llevaba alimentos deliciosos que restablecían enteramente mis fuerzas para muchos días. La primera vez fue una bella violeta. La comí y no era ni pan ni miel. Era una sustancia muy sabrosa y olorosa. En ese momento hice, como agradecimiento, un movimiento de querer besar a mi adorable hermano. Él levantó su mano derecha y dijo: “Todavía no, hermana de mi corazón, come toda la flor”. Y sentí un deseo ardiente de sufrir por Jesús.

Otro día se presentó mi hermano más grande que de ordinario, pero siempre amoroso. Estaba vestido como los sacerdotes de la misa. Todo en él era resplandeciente y atrayente. No puedo expresar su amorosa belleza. Sobre su pecho había como un Corazón abierto por rayos luminosos. Del Corazón salían los rayos como de un horno ardiente. Metió en su Corazón dos dedos y sacó algo redondo (hostia) y muy blanco, muy brillante, donde estaba su retrato. Me dijo: “Hermana de mi Corazón, recibe al eterno amor, al Dios de los fuertes”; y después desapareció. Apenas la hostia tocó mi corazón, sentí en mí una nueva vida y un deseo muy grande de sufrir (por Jesús).

Ese día hizo en realidad su primera comunión. Ella nos dice:

Cuando la Virgen se apareció, yo era de pequeña estatura y mi “hermano” era exactamente de mi misma altura. Desde que me pusieron en pensión en las Hermanas de la Providencia en Corps, yo comencé a crecer y mi hermano era cada día más pequeño y me venía a ver con frecuencia. A pesar de todos los esfuerzos de las hermanas por hacerme leer, apenas llegué a conocer algunas letras del alfabeto y olvidaba lo que me enseñaban.

Un día mi hermano vino a verme. Ese día yo aprendí a leer. Él me enseñó y yo leí y grité: “No es difícil querido hermano”. Otro día aprendí a hablar en italiano sin haberlo estudiado.

En otras ocasiones su “hermano” le enseñó el inglés y el griego moderno, según afirmó con seguridad el padre Rigaux. También el “hermano” le enseñó a hacer punto y tejer la paja para hacerse un sombrero y hasta aprendió a hacerse sus propios vestidos ¹⁰⁰.

Un día de fiesta me fui a pasar el tiempo en el bosque. Tendría yo unos seis años. Estaba pensativa y lloraba porque amaba poco a Jesús. Pedí a mi madre del cielo hacerme sufrir para dar amor a las personas que no lo tenían. De repente veo venir a mi “hermano”, que no había visto desde hacía mucho tiempo. Me dijo: “Hermana, hoy vamos a ir a ver a nuestra mamá”. Me hizo sentar en el césped cubierto de flores y extendió sobre su cabeza y la mía una especie de velo blanco, que nos cubrió la cara. Llegamos pronto a un lugar delante de una puerta muy grande, que se abrió. Atravesamos un apartamento muy largo, tapizado de negro y casi todo cubierto de cruces de diferentes tamaños. Mientras caminábamos, las cruces caían sobre nosotros como lluvia y la gente (cristianos) nos injuriaba. Nos costó dos horas atravesar aquel lugar. Llegamos a otra segunda puerta, que se abrió por sí sola y nos recibieron jóvenes vestidas de blanco. El lugar estaba tapizado de blanco. Las cruces que había eran más grandes que las anteriores y más numerosas. Al atravesar el lugar, vi muchos clérigos que nos injuriaban. En cierto momento, quise detener una cruz que me venía encima y solté la mano de mi “hermano” y ya no lo veía. Lo llamaba, pero nadie respondía. Por fin mi “hermano” tuvo compasión y regresó a darme la mano, cuando ya me sentía perdida.

Atravesamos otra tercera puerta y mi “hermano” me dijo: “Esta es la puerta de la morada de nuestra mamá”. Cuatro resplandecientes vírgenes abrieron las puertas y se postraron ante mi “hermano”. Me quedé estupefacta ante la vista de una multitud de bienaventurados llenos de la felicidad más pura.

Hubiera querido quedarme allí para siempre, viendo la multitud de bienaventurados que era inmensamente feliz en el cielo, sumergidos en la infinita gloria del Verbo de Dios. Mi “hermano” me tenía tomada de la mano. Observé los coros de las vírgenes, todas de una belleza incomparable, inimaginable. Cerca de la legión de vírgenes, había legiones de santos de todos los grados, que estaban en tronos magníficos, de los que dos estaban libres. Las vírgenes cantaron una hermosa canción y repetían: “Una hermana de más, una hermana de más”. Al mismo tiempo una gran Señora, una Reina vestida con ropas reales,

¹⁰⁰ Dion H., *Melanie Calvat, Bergère de La Salette*, Paris, Ed. Tequi, 1984, pp. 186-187.

adornada de brillantes resplandecientes, estaba presente y era incomparablemente más bella que todos los santos. Descendió de su trono, vino delante de mi “hermano” y lo saludó profundamente. Al momento mi hermano me dijo: “Hermana, es nuestra mamá”. Yo me sentí atraída hacia ella. Corrí, teniendo a mi “hermano” de la mano y me lancé a sus brazos, diciéndole: “Mamá, mi buena mamá”. Ella me dijo: “Hija mía, querida hija. Sí, yo soy vuestra madre”. Me hizo mirar a lo alto y vi a mi “hermano” (que era Jesús, aunque ella no lo sabía ni él se lo había dicho aún) como un gran personaje. Él se sentó en un trono magnífico, espléndido, a la derecha de un altísimo personaje todo luminoso, que parecía ser el Padre eterno. A la izquierda se sentó mi madre sobre un trono de gran blancura resplandeciente y adornado de oro puro. Y a la derecha de mi “hermano” había un trono magnífico en el que estaba san José. Yo me senté a la izquierda de mi mamá después que ella y mi hermano me lo pidieron. En ese momento estaba mi alma inundada de inmensa paz y alegría ¹⁰¹.

Cuando mi madre terrenalme expulsaba de casa, me iba al bosque. Allí con mi “hermano” a veces jugábamos a recoger flores, que ofrecíamos a nuestro Dios. Le dije: “Juguemos a ver quién recoge más flores.” Y fuimos cada uno, por un lado. Cuando la recogida terminó, yo le pregunté: “¿Dónde has encontrado esas flores tan hermosas? Yo también quiero ir a recogerlas para nuestro Dios”. Quise cambiar mis flores por las de mi “hermano” y él aceptó el cambio, pero apenas hicimos el cambio, yo grité: “No, no quiero el cambio, porque no es verdad. El buen Dios, que las ha hecho crecer, sabe muy bien que yo no las he recogido”. Y mi “hermano” me devolvió mi ramo de flores, que en su mano se habían vuelto tan hermosas como las suyas, y los dos las ofrecimos al buen Dios.

Otro día me dijo: “Vamos a jugar a las escondidas”. Primero echamos a pajillas a ver quién cogía la más corta, Él ganó y me dijo: “Me voy a ocultar hasta que me encuentres. Vuélvete para no verme”. Después, escondido, gritó: “Listo”. Yo fui a buscarlo y no lo encontré. Al fin, aburrida de estar sola, lo llamé: “Hermano, ¿dónde estás?” Él no contestó. Y ganó el juego.

Después me tocó a mí esconderme y él me encontró de inmediato. Por segunda vez, me oculté para que me encontrara y él hacía que no me encontraba y gritaba: “Hermana, ¿dónde estás?”. Hasta que llegó derecho a donde estaba, diciendo: “Allí estás”. Y me ganó de nuevo ¹⁰².

¹⁰¹ Melania, Autobiografía, *Vie de Mélanie, Bergère de La Salette, écrite par elle même en 1900*, Paris, 1912, p. 69.

¹⁰² Ib. pp. 87-88.

Melania informó al padre Combe, como él lo escribió en su Diario, que entre otros juegos que tenía con su hermano estaba el de ver quién estaba más tiempo de pie sobre una sola pierna y también ver quién saltaba más alto con sus dos pies juntos ¹⁰³.

SOR MARÍA MARTA CHAMBÓN (1841-1907)

Veía todos los días al Niño Jesús al comulgar desde el día de su primera comunión. El 4 de abril de 1869 sor Marta se vio rodeada de la corte celestial. El Niño Jesús la vino a visitar con un cortejo de santos, entre los que distinguió a los santos fundadores de la Visitación y a san Bernardo y santa Clara. Cada uno le decía su nombre y ella le hablaba como una niña, con sencillez ¹⁰⁴.

Un día le preguntaron sus hermanas: *¿Ves a Jesús cada día?*

- *Sí, todos los días en la consagración. Allí veo a Jesusito (se le iluminaba el rostro al hablar de esto) hasta la comunión que viene a mí. Es el cielo. No puede expresarse con palabras. Soy totalmente feliz. Cuando los dos estamos juntos, las horas pasan como si fueran minutos.*

Ahora bien, cuando falto a la humildad, se me oculta y no viene hasta que no arreglo las cosas. Solo el humillarme lo trae de nuevo. Tengo que pedir inmediatamente perdón a quien he ofendido, porque no puedo vivir sin Jesusito.

Otro día estaba muy cansada y sintió que no podría cumplir sus tareas. Entonces pensó en pedir ayuda a otra hermana, pero antes le dijo a Jesús: *Mira cómo estoy, ¿qué puedo hacer?* De pronto se le aparece el Niño Jesús, como de seis o siete años y le dice: *Si tú quieres, puedo ayudarte.* Ella se sintió feliz ¹⁰⁵.

En septiembre de 1885 estaba un día encima de la escalera, cogiendo higos, perdió el equilibrio. Gritó: *Jesús, ayúdame.* Sostenida por las ramas, no le pasó nada. Jesús la ayudó.

Otra vez el Niño Jesús le dijo: “Mándame y haré lo que tú quieras”. Ella le respondió: “Ayúdame a preparar el comedor”. Y ella veía cómo el divino Niño delante de ella hacía la limpieza y preparaba las mesas. Él le aconsejó:

¹⁰³ Dion p. 178.

¹⁰⁴ *Marie Marthe Chambon, religieuse de la Visitation sainte Marie de Chambéry*, 2019, p. 277.

¹⁰⁵ Marie Marthe, p. 108.

“No pidas ayuda a nadie, yo seré siempre tu ayuda”. Y Jesús, a quien sirven los ángeles, se hacía su servidor.

Ella en su inocencia creía que, si venía una hermana en ese momento, vería al Niño Jesús, limpiando o lavando. Por eso, cerraba la puerta para que nadie pudiera verlo ¹⁰⁶. La vista del Niño Jesús trabajando con ella y siguiéndola paso a paso la llenaba de felicidad ¹⁰⁷.

Un año en Navidad ella vio muchos santos y ángeles, rodeando la cuna del Niño Jesús y él le dijo: “Para gozar de mí, hace falta que tú seas como esos que tú ves, es decir, que la tierra no sea nada para ti y que tu corazón y tus pensamientos estén siempre en mí” ¹⁰⁸.

MÍSTICA TERESA PALMINOTA (1896-1934)

Refiere la gran mística italiana Teresa Palminota que, cuando tenía cinco años, ya sentía mucho amor al Niño Jesús y siempre que podía, iba a la iglesia y ante la imagen del Niño Jesús oraba y le hablaba con toda confianza y le ofrecía sus dulces y juguetes. Un día estaba hablando a Jesús delante del sagrario, ya que su madre le había dicho que allí estaba Jesús, y de pronto vio que se abría el sagrario y salía el Niño Jesús y habló con él como con un amigo conocido. El párroco de la iglesia, don Grimaldi, observó todo y le aconsejó: *No lo digas a nadie.*

Después de esta primera vez hubo otras muchas veces en que vio al Niño Jesús. Más de una vez se le aparecía la Virgen con el Niño Jesús y le prestaba al Niño para que sintiese ella su divino amor y para que le manifestase también todo su amor por él.

Teresa tenía una especial devoción a una imagen del Niño Jesús que tenía en su habitación sobre un armario y, delante de él, hacía muchas oraciones y le hablaba como a un amigo y le ofrecía sus regalos. A veces, pedía a otras personas regalos para su Niño y, si le daban algo, le decía al Niño Jesús: *Esto me lo ha dado para ti NN, esto es de NN. ¿Estas contento? Dales en recompensa una bendición.*

En varias de sus cartas, cuando era mayor, le contaba a su director espiritual que el Niño Jesús se le aparecía en la imagen como vivo y hablaba con

¹⁰⁶ Marie Marthe, p. 109.

¹⁰⁷ Marie Marthe, p. 111.

¹⁰⁸ Marie Marthe, p. 112.

él. Jesús Niño tomaba forma real y secundaba el cariño de Teresa, aferrándose a su cuello y manifestándole su cariño con caricias. Realmente son cosas de santos como ha ocurrido a muchos otros ¹⁰⁹.

Un día Teresa abrazaba con cariño la imagen de su Niño Jesús. En cierto momento coge un caramelo, se lo muestra y le dice: *¿Te gusta? ¿Lo quieres? El Niño Jesús de la imagen toma vida y hace señas de quererlo. Ella finge no querer dárselo, pero en un descuido el Niño coge el caramelo con un diente y le arranca un pedacito. Ella se siente feliz y exclama: “¡Goloso! ¡No sabía, que eras goloso y te gustaban tanto los caramelos!”*. Y toma al Niño en sus brazos y lo abraza con cariño y felicidad. Entonces lo mira y se da cuenta de que el pedacito de caramelo lo tiene en la boca entre un diente que nunca antes nadie le había visto. Su confesor P. Luigi, confirmó el detalle. Jesús había creado en la imagen un diente de la nada, que antes no existía ¹¹⁰.

BEATA EDUVIGES CARBONI (1880-1952)

La beata Eduviges Carboni nos dice: A la edad de cinco años hice voto de virginidad. Entendí que Jesús lo quería. Después de hecho el voto me hice más sensata. No jugaba nunca salvo alguna vez. En casa de la abuela había un cuadro grande con el Niño Jesús en brazos. Cuando estaba sola me subía a una silla extendía mis bracitos y le decía: Madre mía, yo te quiero mucho, mucho, dame a tu niño para jugar un poco con él. La Virgen bastante veces me contentó. Jugábamos con una muñeca, que me había regalado un tío materno. Jesús me decía: *Te cedo la muñeca, a mí me basta un momento*. ¡Qué bueno era el Niño Jesús! Lo recuerdo muy bien. Jesús ha sido siempre bueno conmigo ¹¹¹.

Flora Argenti dice sobre Eduviges: *Un día fui a la casa de Eduviges y le pedí permiso para orar ante el divino niño. Cuando entré en la habitación, di un grito. Eduviges me preguntó: “¿Qué has visto?”*. La imagen del Niño Jesús estaba sobre la cama de pie y con una mano en la oreja. Ella me explicó que Jesús le había dicho: *“El padre Lombardi está hablando ahora por un mundo mejor, pero son pocas las radios encendidas para oírle. Por eso, lo escucho yo”*¹¹².

Y sigue Flora Argenti: *El 22 de enero de 1948 mi hermano Dionisio y yo fuimos a visitar a Eduviges. Habíamos dejado nuestros sombreros a la entrada y al salir e ir a recogerlos no estaban, los encontramos en la habitación de*

¹⁰⁹ Luigi Fizzotti, *Il segreto di Teresa Palminota*, Ed. ECO, 1979, pp. 77-78.

¹¹⁰ *Ib.* pp. 80-81.

¹¹¹ Diario, pp. 470-471.

¹¹² Documento extrajudicial del proceso de canonización, p. 307.

Eduviges sobre la cabeza del Niño Jesús. Ella explicó que sus cabezas estaban en sus manos y sus corazones en su divino Corazón. El 29 de febrero de ese año 1948 la imagen del Niño Jesús que estaba en la habitación de Eduviges, la encontramos en la entrada, a la puerta. Y puedo certificar que muchas veces, he visto a este Niño Jesús cambiar misteriosamente de lugar ¹¹³.

LUCÍA DE FÁTIMA (1907-2005)

El 10 de diciembre de 1925 en Pontevedra se le apareció la santísima Virgen y a su lado el Niño Jesús. El Niño Jesús le dijo: *Ten compasión del Corazón de tu santísima madre, que está cubierto de espinas que los hombres ingratos en todo momento le clavan, sin haber quien haga algún acto de reparación para sacarlas.*

Enseguida dijo la Santísima Virgen: “Mira, hija mía, mi Corazón, cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú al menos procura consolarme y di a todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado se confiesen, reciban la santa comunión, recen la tercera parte del rosario y me hagan 15 minutos de compañía meditando en los 15 misterios del rosario con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de esas almas”.

El 15 de febrero de 1926. Se le apareció de nuevo el Niño Jesús. Le preguntó si ya había difundido la devoción a su Santísima Madre. Ella le expuso las dificultades que tenía el confesor y que la Madre Superiora estaba dispuesta a propagarla; pero que el confesor había dicho que ella sola nada podía. Jesús respondió: “Es verdad que tu Superiora nada puede; pero con mi gracia lo puede todo”.

Presentó a Jesús las dificultades que tenían algunas almas de confesarse en sábado y pidió que fuese válida la confesión de ocho días. Jesús respondió: “Sí, puede ser de muchos días más todavía, con tal que cuando me reciban estén en gracia y tengan la intención de desagraviar al Inmaculado Corazón de María”.

Ella preguntó: “Jesús mío, ¿las que olviden formar esta intención?”. Jesús respondió: “Pueden hacerla en la otra confesión siguiente, aprovechando la primera ocasión que tuvieran de confesarse” ¹¹⁴.

¹¹³ Ib. p. 301.

¹¹⁴ Lucía de Fátima, *Memorias de Lucía*, Ed. Sol de Fátima, 1974, p. 168.

PADRE JUAN BAUTISTA REUS (1868-1947)

El 16 de diciembre de 1939 vi al Niño Jesús rodeado de luz. Vi cómo estaba sobre su Corazón. Abrazaba mi corazón con sus bracitos y lo apretaba a su Corazón como prueba de amor. En verdad me arrancó mi corazón y colocó el suyo en su lugar ¹¹⁵. Esto fue lo que se llama en mística cambio de corazones. Jesús se llevó el pobre corazón del padre Reus y colocó su divino Corazón en su lugar. Esto había sucedido ya el 21 de junio de 1938. Era una renovación.

El 25 de diciembre de 1918 tuvo la visión del *Niño Jesús* inclinado sobre su corazón. También lo vio el 26 de diciembre y hasta el 30 del mismo mes de diciembre ¹¹⁶.

Dice: *El 24 de diciembre de 1936, me estaba preparando para celebrar la misa y vi de pronto ante mí radiante de luz al Niño Jesús. Durante el examen de mediodía, lo vi de nuevo al Niño Jesús muy cerca de mí, sentado en mi brazo izquierdo con sus bracitos alrededor de mi cuello. La visión duró hasta ahora, que son las cinco y media de la tarde* ¹¹⁷.

La visión del *Niño Jesús* se repitió el 26, 27, 28, 29 y 30 de diciembre. El 31 de diciembre escribió: *La visión del Niño Jesús continúa. En vista de los cariños que recibo de él, me gustaría que me tragase la tierra, por sentirme indigno* ¹¹⁸. Y continuó la visión del *Niño Jesús* el 1, 2 y 3 de enero. *El 4 de enero, al oír confesiones, vi al Niño Jesús después de una absolución, puso su rostro en mi rostro. Y cuando caminé bajo el sol, lo vi también tan luminoso que superaba a los rayos del sol* ¹¹⁹.

El 27 de marzo de 1937 vi después de la consagración en la hostia consagrada el rostro de Jesús ¹²⁰.

El 25 de marzo de 1938, después de la consagración, vi repentinamente al Niño Jesús casi de tamaño normal delante de mí sobre el altar. Estaba en medio de un sol radiante y esparcía sus rayos hacia el infinito. Esta visión me parece

¹¹⁵ A (Autobiografía) 2868.

¹¹⁶ A 1026-1027.

¹¹⁷ A 1830.

¹¹⁸ A 1835.

¹¹⁹ A 1839.

¹²⁰ A 1866.

que es una señal de que lo acontecido, no valía solo para mí, sino que esas gracias llegarían también a los que estaban lejos ¹²¹.

En una salida a la ciudad el 31 de diciembre de 1940, en la época de más calor, vio al *Niño Jesús*. Su resplandor superaba con mucho la claridad de la luz solar, que en esa hora caía sobre él con mucha intensidad.

El 20 de diciembre de 1941 en el ofertorio de la misa vio al *Niño Jesús* sobre la patena casi de tamaño natural. En la elevación del cáliz, vio al *Niño Jesús* por encima del cáliz, de pie y ofrecido en sacrificio al Padre celestial.

El 21 de diciembre de 1941, antes de la comunión, al momento de decir: *Yo no soy digno*, vio delante de él al *Niño Jesús*, que le imponía su manita sobre la cabeza en señal evidente de perdón de todos sus pecados. Y al decir: *El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo* se dio cuenta de cómo el *Niño Jesús* en persona tenía en su mano la santa hostia y se disponía a darle a él la comunión.

El 8 de enero de 1942, fiesta de los Inocentes, dice: *Durante la misa contemplé, antes de la consagración, al Niño Jesús rodeado de multitud de niños inocentes, rodeados a su vez por multitud de ángeles y por la Santísima Trinidad.*

El 11 de agosto de 1943, antes de la comunión, apareció el Niño Jesús. Lo vi sonriéndome y extendiendo sus brazos hacia mí. A partir del 10 de agosto de 1943 contemplaba casi todos los días a nuestro Señor en el altar, en la hostia santa, bajo la forma de Niño.

El 24 de noviembre de 1943 escribe: *Desde fines de julio veo todos los días al Niño Jesús. Lo veo sonreír. A veces desaparece unos momentos y después reaparece, como si quisiera jugar. Al aproximarse el momento de la comunión, al Niño Jesús lo veo en la santa hostia y me saluda con una sonrisa.*

El 5 de julio de 1944 vi en la misa, en mi mano, dentro de la santa hostia, al Niño Jesús lleno de amor y muy alegre delante de la Santísima Trinidad ¹²².

El año 1945 se distinguió sobre todo por la visión casi diaria del *Niño Jesús* en el altar. Nos dice: *Durante la comunión vi brotar del Corazón del Niño Jesús, visible, un brasero de amor, que en forma de rayos me envolvía totalmente*¹²³.

¹²¹ A 2193.

¹²² A 4688.

¹²³ A 420.

La intimidad y confianza del padre Reus con el Niño Jesús recuerda la confianza que han tenido otros santos a quienes se aparecía, especialmente cuando ellos mismos eran niños y ambos jugaban juntos, como santa Verónica Giuliani. San Bernardino Realino (+1616). Se cuenta de este santo que en la noche de Navidad de 1589, después de confesar, volvía a su cuarto con mucho frío. Se le apareció la Virgen María con el Niño Jesús en brazos y le preguntó por qué estaba temblando. Respondió: *Tiemblo de frío*. María le tendió al *Niño Jesús*, él lo abrazó y, cuando la Virgen le dio a entender que se lo devolviera, el santo anciano con sencillez de niño le pidió estar un poquito más.

TERESA MUSCO (1943-1976)

Teresa desde muy niña tenía mucha devoción al Niño Jesús. *Tenía un Niño Jesús de cartón y se le presentaba vivo y hablaba con ella. El Niño le decía: “¿Me amas?”. Ella respondía: “Sí”. Y ella le preguntaba a su vez: “¿Y tú me amas?”. Y Jesús le decía: “Sí, te amo y estaría dispuesto a sufrir de nuevo la muerte en cruz por ti”* ¹²⁴.

Cuando Teresa tenía cinco años fue a visitar a su hermana mayor, que había entrado de religiosa de la Caridad y le regalaron un Niño Jesús pequeñito. Ella lo agradeció mucho. Lo envolvió en un pañuelo y lo llevaba siempre consigo. De noche y de día ¹²⁵. *El 15 de julio Tereta oyó la voz del Niño Jesús. Ella le dijo: “¿Qué quieres?”. Y él respondió: “¿Me amas?”, pero ella no respondió* ¹²⁶.

Al día siguiente, mientras estaba en la terraza con su hermanito vio a su Niño agrandarse y le oyó decir: “Teresita ¿me amas?”. Ahora si la pequeña respondió: “Sí” ¹²⁷. *El 31 de julio por tercera vez el Niño le pregunta: “¿Me amas?”. Ella responde que sí y el Niño le dice: “Tu familia te hará sufrir mucho. Serás incomprendida y maltratada, pero estaré a tu lado y la Mamá celeste te guiará”* ¹²⁸. *El 27 de agosto de ese año 1948 Teresita oye la voz de su Niño y le pregunta: “¿Qué quieres?”. El Niño responde: “Teresa, deseo que todo lo ofrezcas por los pecadores. Hay muchos que van al infierno, porque pecan especialmente contra la pureza* ¹²⁹.

¹²⁴ Borra Giuseppe, *Teresa Musco, martire di amore*, Ed. Terzo Millennio. 1986, p. 168.

¹²⁵ Roschini Gabriele, *Teresa Musco, mística del XX secolo*, Ed. Ancora, 2015, p. 683.

¹²⁶ Ib. p. 687.

¹²⁷ Ib. p. 884.

¹²⁸ Ib. pp. 686-687.

¹²⁹ Ib. pp. 688-689.

El 28 de agosto su hermanito pequeño coge el Niño y lo muerde y le arranca la cabeza. Teresita solo pudo llorar todo el día. Por la tarde le contó a su padre lo que su hermanito había hecho, pero su padre le dio una bofetada, diciéndole: “En vez de pensar en tu hermanito, piensas en jugar”. Ella cogió su Niño y lo besó muchas veces para consolarse. En la mañana del 10 de septiembre de 1948 el Niño estaba normal con su cabecita. La Mamá del cielo lo había tomado entre sus brazos y le dijo: “Ya está arreglado, pero no te ates a ningún objeto. Debes estar despegada de todo. Debes solo ofrecer tus sufrimientos por los pecadores”.

Una mañana Teresita no encuentra a su Niño. Pregunta y sus hermanos se ríen y le dicen: “Ya eres grande para jugar con muñecos”. Ellas no entendían que a través de la imagen del Niño su corazón volaba a Jesús. Diez días más tarde se entera que su hermano Luis había tirado al Niño al techo de la casa vecina. Ella rezaba para que el Niño viniera hacia ella. Y le decía a Jesús: “Piensa tú en ello”. Hacia las 10 de la noche se le presenta un angelito que le entrega el Niño que había recogido en el techo. Ella lo abrazó con todo su corazón y lo besó muchas veces ¹³⁰.

*En la Navidad de 1951, después de medianoche, Teresa en sueños ve un Niño bello y rubio con ojos azules, de un año de edad. Está jugando con otros niños y Teresa lo mira sentada en una esquina del prado. De pronto el Niño deja de jugar y se acerca a Teresa y le dice: *Teresa, estoy cansado, quiero descansar*¹³¹. Teresa lo toma entre sus brazos, lo hace dormir, lo mira, lo besa y quiere conocer su nombre. El Niño despierta y le dice: “Teresa, quiero estar siempre en tu corazón. Yo encuentro descanso en ti. Te hago un regalo”. Saca de su ropa una pequeña cruz y me la da diciendo: “Toma, te la regalo”. Cuando me la des, la quiero llena de lágrimas y brillante ¹³².*

En la noche de Navidad de 1952 su familia va a la misa de medianoche. Teresa se queda en casa, porque está con fiebre. Se le presenta la Virgen María con el Niño Jesús entre sus brazos y se lo da para que lo tenga en sus brazos. Le dice: “Hija mía Teresa, caliéntalo con tu cariño. Mi hijo nació en extrema pobreza y abandono”. Dice Teresa: “Lo tomé en mis brazos y lo estreché contra mi corazón para calentarlo”. El Niño me dijo: “Teresa, ¿me prometes ser víctima por mi amor?”. Le he respondido: “Te lo prometo”. En la tarde del día de Navidad se presenta de nuevo la Virgen con el Niño Jesús a quien le da de mamar. Teresita con sus nueve años le pide un poco de aquella leche celestial.

¹³⁰ pp. 690-693 Roschini.

¹³¹ p. 368 Borra.

¹³² p. 369 Borra.

*Apenas toma dos gotas y todo desaparece, pero queda con una inmensa alegría*¹³³.

En Navidad de 1970, después de la misa, ve la imagen del Niño Jesús que se hace viva y que le tiende sus bracitos. Le dice: “Teresa, yo quiero estar escondido en tu corazón. ¿Me quieres? Tu corazón está caliente y tiene mucho amor por mí. Dame un beso”. Lo he besado en la mano derecha, pero él ha alargado sus brazos, besándome repetidamente. Después, bendiciéndome con su mano, se hizo de nuevo de terracota como antes ¹³⁴.

La noche de Navidad de 1975 Teresa asistió a la misa de medianoche. Por la mañana regresó a misa a las 7 a.m. Mientras asistía, vio al Niño Jesús que estaba junto al altar. Dice: *Me ha sonreído y me ha dicho: “Teresa, reza por los pecadores y por tantas almas que caen al infierno. Reza para que no caigan más”* ¹³⁵.

Teresa amaba mucho a la Virgen María, que era como su verdadera madre. Estaba siempre pendiente de ella y se le aparecía en los momentos más difíciles para consolarla y darle fuerzas para seguir adelante en su camino de la cruz. Teresa rezaba cada día un promedio de cinco rosarios.

Un día se le aparece la Virgen toda radiante de belleza, rodeada de ángeles. Dice Teresa: “Estaba vestida de rosa con un manto azul, con una faja blanca en la cintura. Las manos juntas y los ojos mirando al cielo. Sobre la cabeza tenía un velo blanco que descendía hasta la mitad del cuerpo. De su pecho y de sus manos y pies salían rayos luminosos ¹³⁶.

Un día de 1947 Teresa, con sus 4 años estaba jugando con un caballito de estaño. Dice: “Sentí que me tocaban en la espalda y oí una voz dulce de la Virgen: “Ven, quiero darte un paseo”. Tomó mi cabeza entre sus manos y me dijo: “Hija, sabes que te quiero mucho” ¹³⁷.

En su Diario escribió: *Madre querida, qué bien se está bajo tu manto. Desde mi más tierna infancia tú, mamá, has sido la luz de mis ojos, el camino que me ha guiado a Jesús, la guía de mis acciones, el consuelo en mis horas oscuras. Desde mi nacimiento, oh madre querida, me has tomado entre tus*

¹³³ pp. 1206-1209 Roschini.

¹³⁴ p. 922 Borra.

¹³⁵ pp. 2546-2547 Roschini.

¹³⁶ p. 682 Borra.

¹³⁷ p. 440 Borra.

brazos, haciéndome saborear tu gran amor por mí y, desde entonces, tu no me has dejás nunca sola ¹³⁸.

SOR RITA MONTELLA

Según la Madre Pieroni: *Con cuatro años ella ya vio “en persona y vestido como un muchacho” al Niño Jesús. Jesús se le aparecía a cada momento, de día y de noche. Ella dice: “Él me habla, me consuela, habla conmigo y me da consejos que me hacen feliz”. A la pregunta: “¿Si paso largas noches insomnes? Responde: Naturalmente. Cuando veo y escucho a Jesús, me parece que las noches pasan como un relámpago”. A otra pregunta responde: “Cuando yo veo a Jesús, aunque esté presente y cerca de mi otra persona, nadie lo ve o lo oye”* ¹³⁹.

Después de estar varios años con su tía Cristina, regresó a la casa paterna. Ella había cambiado mucho espiritualmente por sus experiencias sobrenaturales. Le gustaba estar sola para orar y encontrarse con el Niño Jesús, la Virgen María y su ángel custodio, que se le presentaban como amigos cercanos y con quienes tenía verdadera confianza y amistad.

El padre D’Anastasio, en su biografía de sor Rita, escribe: *Cristina recibió de sus padres unos zapatos nuevos. Se los puso y a la mañana siguiente se presentó a la cita con el Niño Jesús en el jardín. Estuvieron hablando o jugando y al final Jesús, mirando sus zapatitos, le pidió que le diese uno. Sin dudar ella se lo dio y regresó a su casa. Su madre Francesca se dio cuenta de que le faltaba un zapato y le pidió explicaciones. Con gran candor y sencillez le respondió que se lo había dado a un niño que se lo había pedido, no queriendo revelar toda la verdad. La reacción de la madre fue una fuerte reprensión con un bofetón. Su madre le solía decir algunas veces: “Cristina, tú eres una niña extraña”* ¹⁴⁰.

APARICIÓN DEL NIÑO JESÚS

La periodista polaca María Winowska en su libro *Los ladrones de Dios* cuenta un suceso histórico que sucedió en un pueblecito de Hungría cuando los comunistas dominaban el país. Refiere que el párroco del pueblo donde sucedieron los hechos tuvo que huir y se refugió en Francia, donde le contó lo que había sucedido en su parroquia.

¹³⁸ p. 1846 Ros.

¹³⁹ Siccardi Cristina, *La monja que salvo a Juan Pablo II*, 2014, p. 107.

¹⁴⁰ Arcangelo Aurino, *Suor Rita Montella*, Biografía, p. 20.

Había una escuela de niñas de 32 alumnas. La profesora era totalmente atea, y una de sus metas era hacer a sus alumnas ateas. Sin embargo, las niñas eran todas creyentes, en mayor o menor medida, pues todas eran de familias sencillas que conservaban la fe católica.

La profesora buscaba cualquier excusa para sacar el tema de Dios y ridiculizar a los creyentes. Un día les dijo para convencerlas: A ver, cuando sus padres las llaman, ¿acuden a su llamada? Sí, respondieron todas. Ella insistió: Muy bien, acuden porque existen, pero si llaman a su abuelita difunta, ¿vendrá? No, contestaron sin dudar las niñas. Y, si llaman a Caperucita roja o a Barba azul, ¿vendrá? No, dijeron todas. Muy bien, no vendrán porque ya no viven o porque no existen. Los vivos vienen, porque existen.

Entonces la profesora miró a Angelita, la niña de 10 años más inteligente y la primera de la clase, que comulgaba todos los días. A ver, Angelita, le dijo: *Sal de la clase*. La niña salió. Ahora todas díganle que entre. Todas comenzaron a gritar: *Angelita, entra*. Y Angelita entró de nuevo en la clase.

Ahora yo pregunto, les dijo: *¿El Niño Jesús existe?* Angelita y algunas poquitas respondieron tímidamente y en voz baja: *Sí*.

Muy bien, respondió la profesora: *Vamos a llamarlo y, si viene, es que existe, pero, si no viene, es porque no existe. A ver díganle que entre*.

Todas estaban calladas y, de pronto, Angelita salió adelante y delante de todas dijo: *Gritemos juntas: Jesús, ven; Jesús, ven*. Ante su valentía y decisión, todas comenzaron a gritar: *Jesús, ven*. Al principio tímidamente, después más alto. La profesora se reía de la prevista victoria.

Todas miraban a la profesora, que estaba delante de todas. La puerta estaba por la parte de atrás. Y en el momento menos pensado, se abrió la puerta despacito y entró por ella un rayo de luz como si toda la luz del día se hubiera metido por la puerta. Aquella luz *crecía, crecía y se convirtió en un globo de fuego*. El globo se abrió y dentro de él apareció un niño "encantador como nunca lo habían visto" y les sonreía. Estaba vestido de blanco y brillaba como un pequeño sol. Él era el que producía la luz. El resplandor del día quedaba oscurecido y negro a su lado. Su presencia despertaba en ellas una inmensa paz, ya que no tenían miedo. *Solo sentían alegría, una alegría enorme y desbordante*.

Jesús no dijo nada, solo sonreía. Después desapareció en el globo de luz que *se fundió* disipándose en el aire poco a poco. La puerta volvió a cerrarse

suavemente sin que nadie la tocara. Todas quedaron en silencio o llorando de alegría.

De pronto se oyó un grito desgarrador. La profesora fuera de sí gritaba: *Ha venido, ha venido*. Nunca más volvió a la escuela, tuvieron que internarla en un asilo para dementes. El párroco intentó visitarla, pero no le dejaron.

Las niñas contaron a sus padres lo sucedido. Todos en el pueblo quedaron emocionados. El párroco habló con cada una de las niñas para certificarse del hecho.

La niña Angelita, cuando terminó la escuela, se quedó en su casa para ayudar a su madre, pues, era la mayor de una familia numerosa. El párroco, antes de huir, supo que ella quería hacerse religiosa.

La conclusión a la que todos llegaron estaba clara: *Jesús vino, porque existe*. Y podemos añadir: *Y no solo existe, murió por nosotros y nos ama y nos espera cada día en la Eucaristía* ¹⁴¹.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído las anécdotas precedentes, que son experiencias reales de algunos santos, podemos pensar que Dios es un Dios maravilloso, en el mejor sentido de la palabra. Un Dios amoroso, que nos ama hasta ser capaz de hacerse un pobre hombre como nosotros, siendo Dios todopoderoso. ¡Hasta dónde llega la omnipotencia de Dios y su amor a la humanidad! Y todo porque nos ama. Nos ha creado por amor, con un amor sin medida y sería capaz de nuevo de morir por salvar a uno solo de sus hijos, a quienes ha creado con infinito amor.

Los seres humanos somos demasiado soberbios para entender la grandeza de Dios, que se manifiesta ante nosotros como un pequeño Niño para enseñarnos humildad. ¡Cuánto es capaz de esperar y de soportar de tantos de sus queridos hijos que lo rechazan por querer vivir a su manera sin Dios y sin limitaciones, abusando de la libertad que Dios les ha dado!

Evidentemente no podemos entender todo lo que nuestro Padre Dios ha sido capaz de hacer por cada uno de nosotros. Nadie ha sido creado por casualidad. Nadie es fotocopia, nadie está en este mundo sin una razón para vivir. Todos han sido creados con un amor personal y Él, como Padre amoroso, lo

¹⁴¹ Winowska María, *Los ladrones de Dios*, Ed. Círculo, Zaragoza, 1968, pp.153-166.

